9

MI PAPÁ

Arniches y García Alvarez, E.

MI PAPÁ

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y prólogo, en prosa

ORIGINAL DE

CARLOS ARNICHES y ENRIQUE GARCÍA ÁLVAREZ

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del
26 de Enero de 1910

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º
Teléfono número 551
1910

A DESIDERIO HIDALGO

Carlos y Enrique.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA CARMEN	Sra. Alba.
LUISA	Srta. P. de Vargas
DORA	Carbone (A.)
DOÑA DELI	Sra. Martínez.
MARIANA	Domínguez.
CLO-CLO	Srta. Villa.
CLA-CLA	Bedoya.
SOCORRO	Pazos.
MARÍA-PEPA	Pallarés.
SALVADORA	Villa.
GREGORIA	Sra. Sánchez.
DOÑA ENRIQUETA	Domínguez.
DOLORES	Srta. Valle.
ISABEL	Gelabert.
MUJER 1.ª	Pallarés.
MOZA 1.ª	Calvo.
IDEM 2.ª	Valle.
DON CÉSAR BENAVIDES	Sr. Santiago.
PAQUITO	González.
SEÑOR TAPIA	Zorrilla.
PAULINO	Vilches.
MOLINA	Bonafé.
PARREÑO	Portes.
DON VICTORIO	Rivero.
ROSENDO	Caba.
BRAVO	Pacheco.
MUÑOZ	R. Santiago.
SÁNCHEZ	Acevedo.
JUAN	Molinero.

ARTURÍN (niño).................	NIÑO	LÓPEZ.
UN CHICO.....................	SR.	CAPILLA.
UN FRUTERO...................		DE SALA.
VENDEDOR.....................		MUELA.
PALETO 1.º...................		CAPILLA.
IDEM 2.º......................		SALAZAR.

La acción del prólogo y primer acto en Madrid; segundo y tercero en un pueblo de la sierra.—Época actual

---

Derecha é izquierda, las del actor

PROLOGO

Decoración: Un sotabanco de pobrísimo aspecto. Al foro una ventana que da á los tejados; en el alfeizar dos tiestos con flores y una jaula con un pájaro. Por la ventana entra un sol claro y alegre. A la izquierda una puerta con cerradura, cerrojo y mirilla practicable que da á la escalera. A la derecha otra puerta que comunica con una habitación interior; esta puerta será de dos hojas y cristales, cuya falta se suple con periódicos y otras clases de papeles El mobiliario consiste en un catre adosado á la parte izquierda de la pared del foro; en la cabecera una silla y sobre ella un periódico y una palmatoria con vela. En la pared de la izquierda un baul antiguo muy estropeado y en él unas cuantas prendas de ropa interior. En el centro de la habitación una mesa pequeña de pino muy deteriorada; encima de ella una manta, una camisa de hombre extendida como para ser planchada, un ladrillo, una jícara con almidón y un reloj de bolsillo muy viejo. Una silla desvencijada y viejísima; un cajón de madera, sin pulir, con un letrero que dirá: «frágil», al lado de la mesa. Al foro, hacia la derecha, un palanganero de hierro con jofaina y cubo; un botijo. Un biombo de tres hojas hecho de madera sin labrar y papel y adornado con algunas láminas de periódicos ilustrados. En la pared, sobre el catre, un cuadro que tiene pintado un escudo de armas con corona de marqués, y sobre el lavabo otro cuadro con un diploma; un pedazo de espejo sujeto en un trozo de madera, y varias láminas y retratos de toreros. A la derecha de la ventana una consola muy vieja y en ella algunas figuras rotas, varios periódicos y un almirez de metal; un cepillo sin cerdas.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Canta el pájaro. Se oye la voz de una mujer que entona el garrotín

VOZ

¿Qué te quieres apostar,
qué te quieres apostar
que me caso con tu hermano
y que no eres mi cuñá?

BENAVIDES sale puerta derecha. Viste babuchas viejísimas, un pantalón y una americana llena de rodales de greda á medio secar. Bajo la americana una camiseta á rayas. En la cabeza una gorra vieja. Representa el buen hombre cincuenta y cuatro ó cincuenta y cinco años. Trae en la mano una plancha que se arrima á la cara como para probar su calor. Se moja el índice de la mano derecha en la lengua y lo arrima á la plancha, retirándole rápidamente. Al andar, cojea.

BENAV. (Cantando.)

¡Pom, pom! usa la tropa...

(El pajaro sigue cantando; Benavides mirando á la jaula.) ¡Caracoles, cómo está Anselmi! (Mete los dedos en la jícara, rocía la camisa y plancha.) ¡Dios mío, qué camisita! Bueno, esto no es camisa; esto es un visillo. Así me sirve en verano, en invierno la coso. ¡Y cómo me duele el dedo! ¡No puedo casi andar! Claro, he ido á hacerme el desayuno y al poner la chocolatera al fuego me he tirado una plancha... es decir, me he tirado dos planchas porque no tenía chocolate. (Sigue planchando. Cantando.)

Ridi, pagliacho...

(Golpea la ropa con la plancha.) ¡Jesús, que almidoncito! ¡Lo que es brillo, ni soñarlo! ¡Como no me la barnice! (Plancha.) Y á todo esto, ¿qué hora tendremos? (Mira el reloj.) ¡Caray, cómo va este reloj! ¡Las tres y media y serán las nueve! Bueno, esto es una cebolleta niquelada; á las doce apunta las cinco, á las cinco las diez, á las diez las cuatro. (Cantando.)

¡Pom, pom! usa la tropa...

(Suenan unos golpes en la puerta.) ¡Caray! ¿Quién será? (Mira por la mirilla.) ¡Porra, el chico del zapatero! Que no me conozca. (Fingiendo la voz.) ¿Quién?

VOZ ¿Don César Benavides?

BENAV. Ha salido.

VOZ ¿Cuándo volverá?

BENAV. No tiene hora fija. (Y no le engaño.)

VOZ ¿No?

BENAV. No, señor.

VOZ Pues dígale usted que llevo ya veintidós viajes por los tres reales de unos tacones y que es mucho fastidiar.

BENAV. Se lo diré, descuida.

VOZ Y que si puede, que se pase por allí, que si no vendrá el maestro.

BENAV. Se lo diré; pero que no se moleste.

VOZ Que dice el maestro que es un tío tramposo.

BENAV. Muy bien; dale muchos recuerdos.

VOZ Usté lo pase bien.

BENAV. Adiós, galán. (Con su voz.) ¡Pobre muchacho! ¡Veintidós viajes! ¡Pero qué zapatero éste! (Plancha.) Qué gente tan poco pensadora. ¿Pero no comprende ese cernícalo que mandando al aprendiz tantas veces, el día que yo le pague esos tacones, suponiendo que se los pague, le va á tener que poner otros al chico? ¿Y qué gana? ¡Absolutamente nada! ¡Está visto que nuestra plebe no tiene sentido económico! ¡Hemos de darle el ejemplo los de arriba!... (Dan tres golpes en la puerta.) ¡Eh! esta es Mariana. (Abre.) ¡Salve, musa de la alimentación!

ESCENA II

BENAVIDES y MARIANA

MAR. (Entrando.) Buenos días, don César, ¿qué tal y cómo va?

BENAV. Pasa, pasa. Bien, ¿y tú?

MAR. ¿Yo? ¡Calle usted, hijo, que esto es pa repudrirse!

BENAV. ¿Pues?

MAR. Ese, que vino anoche con otra.

BENAV. ¿Con otra qué?

MAR. Con otra merluza; ¡pero que la traía viva!

BENAV. ¿Quién? ¿Inocente?

MAR. Mi marido, sí, señor. ¿Pero por qué le pondrían Inocente á ese ladrón, diga usté?

BENAV. ¡Qué sé yo, hija! porque algo le tenían que poner... No te choque, á mí me llaman César, y ya ves, como no me lo hayan puesto para molestar á la Historia, no me lo explico. (Plancha.)

MAR. Todos los días le pongo yo á mi marido el ejemplo de usté; le digo: ahí tienes, un señor que desciende de lo más alto y no bebe.

BENAV. Toma, y lo más notable no es que no beba: sino que casi no como.

MAR. Porque á mí, vamos, es que se me parte el alma, viendo una persona tan elevada, pasando estos trabajos; porque á usté, no es porque esté usté delante, don César, pero á usté la aristocracia se le nota en el aire.

BENAV. ¿En el aire? Como que es en lo único que se me puede notar. Bueno, querida Mariana, pasemos á la cuestión de suministros. ¿Qué me has traído?

MAR. Pues miste, lo que me han dao de sí los tres reales. Un par de huevos, treinta, y quince medio kilo de patatas, cuarenta y cinco, y diez un panecillo, cincuenta y cinco, y quince de aceite, setenta. Me ha sobrao un perro chico.

BENAV. Oye, ¿pero el carnicero no ha querido?...

MAR. El carnicero dice que si quiere usté engordar, que coma bellotas.

BENAV. ¡Qué grosería!

MAR. Que hasta que no le pague usté las cuatro pesetas...

BENAV. ¡Yo! ¡las cuatro pesetas, á ese bestia! Bueno, pues ha perdido un parroquiano. No vuelvas más allí, ¿eh?

MAR. No, yo que he de volver, si me pone verde ca vez que voy.

BENAV. ¡Hay que castigar á esos imbéciles! ¿Ves lo

que es esa gente? ¿Ves de lo que sirve la constancia? Dos años yendo á su carnicería... á ver si nos fiaba, y nada... y para que veas la diferencia, yo, en cambio, me fiaba de él y... me lo comía todo. ¡Qué gentuza! En fin, recurriré al régimen vegetariano.

MAR. ¿Y qué es eso?

BENAV. Pues comer lo natural.

MAR. ¿Pero usté cree que no sería natural que se comiera usté un filete?

BENAV. Claro, ¿pero qué haces con un carnicerito así?

MAR. ¡Tengo unas ganas de verlo á usté rico!

BENAV. (En tono declamatorio.) ¿Rico?... ¿Y para qué, querida Mariana? No conozco nada tan despreciable como el dinero: él desquicia el mundo, él enciende las guerras, él lanza á los pueblos contra los pueblos, á los hombres contra los hombres, á las mujeres contra... los hombres... todo lo pervierte, lo prostituye, lo encenaga .. ¡Dinero! ¡No me hables de dinero! ¡Lo desprecio, lo execro, lo maldigo!

MAR. ¡En todo es usté grande, don César!

BENAV. ¡Dinero! ¿Para qué? Una salud firme; un trozo de cielo donde mirar, un alma limpia... ¿qué mayor riqueza?

MAR. (¡Qué grande es este tío!)

BENAV. ¿Necesita dinero el león que ruge en la selva?

MAR. No sé, al menos portamonedas no usan.

BENAV. ¿Necesita dinero el pájaro que vuela raudo?... ¿Necesita dinero el perro que vaga libre?... Y eso que el perro es el único que suele necesitar alguna que otra perra... pero, en fin, el hombre, querida Mariana, es el único ser egoista y miserable que alienta sobre el haz de la tierra.

MAR. ¡Dios le bendiga á usté ese alma generosa!

BENAV. ¡Y tú que lo veas!

MAR. Hasta luego. (Medio mutis.)

BENAV. Chist, chist, oye, Marianita.. querida Mariana...

MAR. ¿Qué?

BENAV. ¿No decías que te había sobrado un perro chico?

MAR. ¡Ah! sí, hombre, que se me ha olvidao con la conversación. Tome usté. (Lo deja encima de la mesa.)

BENAV. ¡Dinero! ¡ah! ¡ah! (Gesto de asco.) ¿Dónde lo has puesto? ¡Ah, sí; (Se lo guarda.) no quiero verlo. (Vase Mariana.)

ESCENA III

DON CÉSAR y SALVADORA

BENAV. Esta Mariana debe haber tenido unos veinticinco completamente revolucionarios. Y me parece, me parece que el marido ya no... (Plancha.) ya no la guarda aquellas consideraciones á que todavía tiene... tiene... Voy por otra plancha. (Mntis derecha.)

SALV. (Entreabre la puerta y se asoma. Trae un jarro de metal en la mano.) Don César... No hay nadie... (Entra.) ¡Don César!... (Más alto.) ¡Don César!...

BENAV. (Saliendo.) ¡Oh! Salvadorita. (Deja la plancha encima de la mesa.)

SALV. Perdone usté que me haya colao así, de rondón, ¿eh?

BENAV. ¡Quieres callar! Una mujer que lleva en su cara los tintes de la rosa, en sus ojos el resplandor del día y en su cuerpo fragancias de juventud, cólese donde se cole, está bien colada: y perdona la cacofonía.

SALV. Ja, ja, ¡qué cosas dice usted!

BENAV. ¿Te ha chocado la cacofonía?

SALV. Lo que me ha chocao hace tiempo, es lo resimpático que es usted, don César.

BENAV. Salvadora, eres tan bonita como galante.

SALV. ¡Pues como no se me haya pegado de usted!

BENAV. Es posible, porque algo se pega... (Huele.) y efectivamente, algo se pega... ¿no hueles?

SALV. (Huele.) Sí, señor; parece que huele á quemao.

BENAV. ¡Y tan quemao! ¡La camisa! (Se la enseña con la marca de la plancha en un faldón.) ¡Mírala, tostada, pero tostada de abajo!

SALV. ¡Qué lástima!

BENAV. Nada, que con la alegría de verte dejé la plancha ardiendo, y adiós faldón... y menos mal que es el posterior.

SALV. Pues yo venía á pedirle á usted un favor.

BENAV. ¡Un favor á mí! pide; si es posible está hecho, si es imposible se hará.

SALV. Bueno, no vaya usted á creerse que le vengo á pedir San Francisco el Grande... Es na más, que me haga usted el obsequio de llenarme este jarro de agua.

BENAV. No faltaba más. Venga el jarrito. (Medio mutis.)

SALV. ¡Ah! Don César...

BENAV. ¿Qué te pasa?

SALV. Náa, que cuando saque usted el jarro lleno, que no se le olvide á usted poner el dedo aquí debajo, que tiene un agujerito en el...

BENAV. Sí, en la planta baja, ya lo veo, tremendo.

SALV. Eso es que mi sobrinito que es un demonio...

BENAV. Eso es que hay poco dinero. Se pondrá el dedo, Salvadorita. (Hace mutts.)

SALV. ¡Qué don César este! ¡No se arregosta por náa! ¡El lo mismo se ríe de un panecillo, que de no tenerlo! Y siempre tan repeinao, con los andrajos tan relimpios, tan amable... A él, la mayor parte de los días, le faltan ocho reales pa completar las dos pesetas; pero faltarle buen humor, sí, sí... Es más desenfrenao que un *can-cán*...

BENAV. (Sale con el jarro lleno, tapando con el dedo el agujero.) ¡Ahí va el agua!

SALV. ¡Pero, hombre de Dios, qué susto! (Ríe.)

BENAV. Y este jarro de agua y el Oceano Pacífico si me lo pidieras, sería de tu exclusiva pertenencia, Salvadorita.

SALV. ¿Y qué hacía yo con un pacífico?

BENVV. Te gustan más los revoltososillos, ¿eh?

SALV. A ver qué vida. ¡Son más divertidos!

BENAV. ¿De veras?

SALV. A mí, en diciendo de hombres, don César, deme uno zaragata, que no se corte ni cuando se afeite, marchoso, pinturero y alegre, y me tié usted más recontenta que un canario con escarola.

BENAV. ¿De veras? ¡Pero qué regitanaza eres! (Le va á tocar la cara, se sale el agua por el agujero del jarro, mojándole, y vuelve á tapar con el dedo rápidamente.) ¡Caracoles!

SALV. ¡Pues claro!... ¿por qué me es usted tan simpático?... pues porque viejo y todo tiene usted un no sé qué de agrado pa las mujeres, que se le sale la simpatía por los ojos.

BENAV. ¿Que se me sale? ¡Qué ladronzuela! (Repite el juego al volverla á tocar la cara.) ¡Demontre con el jarrito como me ha mojado el pantalón! (Se va á sacudir y se vuelve á mojar.) ¡Caray! ¡Bueno! Toma, hija, toma, que si me pongo tierno te vas á llevar un buche!

SALV. ¡Qué gracioso! Traiga usted, hombre, traiga ustsd. (Lo coge.) Y tantas gracias.

BENAV. ¡Adiós, Salvadorita... y como no lo estañes no cuentes ni con el más ligero piropo! (Sacudiendose la ropa.) ¿oyes?... (Quita la ropa de encima de la mesa y los avíos de planchar, dejando la camisa en el cofre.) Bueno, esta chica está tomando unas proporcioues, que dentro de poco la tendrán que poner una verja. ¡Es un monumento! ¡Yo no sé que me pasa que cada vez que entra aquí, se me quema algo! ¡Y es que... vamos, es que hay por ahí cada mujer que torrefacta! En fin; voy á prepararme mi almuerzo. (Vase derecha)

ESCENA IV

PAQUITO, luego BENAVIDES

PAQ. (Asoma la cabeza por la puerta, azcrado.) ¡Benavides! ¡Benavides!... ¡Ay, yo me ahogo! ¡He subido volando! Bueno, como este hombre no me salve, estoy perdido, perdido sin remedio. (Llorando.) ¿Por qué habré llegado yo á este extremo, Dios mío? ¡Qué compromiso, qué vergüenza, qué escándalo!... (Se golpea la cabeza con las manos en el colmo de la desesperación.) ¡Y ella, y su famlia, y mi padre, y todos! (Llora.) No, me suicido... ¡Sí!.. prefiero morir cien

veces... Y ella, ¡sobre todo ella! ¡porque la adoro, sí! ¿á qué negarlo? ¡Ay, mi Luisa, mi Luisa!... (Se echa en el catre llorando.)

BENAV. (Saliendo, sin reparar en Paquito.) Bueno, pues he puesto el aceite al fuego y voy á... (Viene mondando una patata.)

PAQ. (Gimiendo.) ¡A, a, a, ah!...

BENAV. (Dando un salto.) ¡Caray!... ¡¡Porra!! ¡Qué susto! ¿Pero qué es eso? ¿Quién llora ahí?... ¡A ver, ese del catre!

PAQ. No... no... ¡Yo solo soy el culpable! (Llora y se golpea.) Sí... sí...

BENAV. ¡Cuerno!... ¿pero quién?... Chist... afligido,... ¡eh! joven...

PAQ. (Se vuelve y le echa los brazos al cuello.) ¡Benavides de mi alma!

BENAV. ¡Paquito!... ¿Tú?... ¿pero tú?...

PAQ. ¡Yo, Benavides, yo!

BENAV. ¿Tú aquí y llorando de ese modo? ¿Pero que te pasa, criatura?

PAQ. Nada, Benavides, lo más horrible que puedas imaginarte.

BENAV. ¡Pero, hombre!...

PAQ. Y si tú no me salvas, (Con desesperación.) yo salgo de esta casa, pero no por esa puerta, sino por esa ventana.

BENAV. ¡Cuerno! ¿estás loco?

PAQ. ¡Peor! Estoy desesperado... No, no arrostro el escándalo. No, no lo arrostro Benavides de mi alma. (Le abraza llorando.)

BENAV. Bueno, bueno. Vamos á ver: cálmate y cuéntame lo que te pasa.

PAQ. ¡Es horrible! ¡Es espantosísimo! ¡Es brutal!

BENAV. Siempre has tenido un temperamento nervioso y una imaginación volcánica. Ea, sosiégate y sentémonos.

PAQ. Sí, sentémonos, no puedo tenerme en pie. (Coge una silla.)

BENAV. No, chico, oye... no te sientes ahí, que no está esta silla para tu estado nervioso. Fíjate, parece una cupletista. (La zarandea para demostrar su desvencijamiento.) Siéntate en ese cajoncito, que es lo más seguro de la sillería.

PAQ. Lo mismo me da. (Se sienta en el cajón y cruge

una tabla. Se levanta en seguida.) ¡Caramba! ¿Y esto es lo más seguro? Podías haberme avisado.

BENAV. ¿Pero, hombre, eres ciego? ¿No ves que pone *frágil?* Siéntate con cuidadito.

PAQ. Bueno. (Se sienta en el cajón.)

BENAV. ¿Y querrás tomar algo? (Trae una caja grande de hojalata, que sirve para galletas.)

PAQ. No, gracias, no saques nada; deja la caja.

BENAV. No, si la caja es para sentarme yo. Con la otra silla no me atrevo ni en estado normal. ¡Conque tú calcula!

PAQ. ¡Siempre con tu buen humor! ¡Dichoso tú!

BENAV. Bueno, vamos á ver, Paquito, basta de aflicciones; abre ese corazón y vuélcalo en mi amistad. ¡Habla! ¿Qué te sucede?

PAQ. Pues verás. Bueno, ya sabes tú, querido Benavides, que yo toda mi vida he sido un desgraciado; voy á examinarme y me suspenden; voy á jugar y pierdo; me dirijo á una mujer y me dice que sí; no pago en la casa de huéspedes y me echan... en fin, que me ha faltado eso que se llama el factor suerte. Total, que todo el mundo me ha creído un tarambana, ¡pero tú ya me conoces!

BENAV. ¿Que si te conozco?... Ya sabes que siempre te lo he dicho: si te ponen dos puertas y cuatro veladores, eres más fresco que una horchatería.

PAQ. Bueno, déjate de bromas. Lo cierto es que la gente me ha creído un loco, un calavera, un perdido. ¿A qué ocultarlo?

BENAV. No, á mí qué me vas á ocultar.

PAQ. Sin comprender que yo soy un hombre joven y que la juventud es vehemencia, es impremeditación, es alegría... porque total, ¿qué he hecho yo? ¿Que estudié derecho un año y me cansé?

BENAV. Era para cansarse.

PAQ. ¿Que he tenido cinco ó seis líos y me he visto en la necesidad de empeñarme? Lo natural. ¿Que no le escribo á mi padre, y que si le escribo es para ponerle dos letras?

BENAV. Bueno, pero le pones dos letras de dos mil pesetas cada una y para eso más vale que le telegrafíes.

PAQ. Pero, hombre, algo hay que concederle á la juventud.

BENAV. Sí, hombre, sí... Continúa.

PAQ Pues verás; voy á lo mío. Este invierno, querido Benavides, ha sido para mí terrible.

BENAV. Y para mí: sin capa, ya ves.

PAQ. Ya sabes que yo tenía relaciones con la Serafina; y nada, que me entusiasmé. Lo que me pasa á mí con las mujeres guapas.

BENAV. ¡Toma! Y lo que le pasa á un servidor. Sigue.

PAQ. Y voy y la pongo un pisito, pero barato, una friolera; me costó... es decir, no me costó nada porque tomé los muebles á plazos. ¡Chico, era una monada!... Pero, claro, llegó el primer mes y como tú sabes lo pundonoroso que yo soy y no podía pagar el plazo de alquiler, pues qué hice... fuí y pedí dinero sobre los muebles y voy y pago.

BENAV. ¡Ah! ¿pero pagaste?

PAQ. Sí, hombre; ¡ya me conoces!

BENAV. No, pues eso de pagar no te lo conocía. Pero, en fin, bien. Y llegó el segundo mes, ¿no es eso?

PAQ. Sí; pero, ¡ah!... cuando llegó el segundo mes ya estaba yo en Valladolid, donde me había ido á contárselo á mi padre para que me sacara del apuro... ¡porque la cosa era horrible!

BENAV. ¿Y te sacó?

PAQ. Me sacó, pero me echó de casa, y desde ese disgusto se han enfriado nuestras relaciones de un modo espantoso.

BENAV. Bueno, es que tú para los afectos familiares eres una especie de garrafa.

PAQ A poco me vuelvo á Madrid. ¿Y qué dirás que había hecho la Serafina, querido Benavides?

BENAV. ¿Oposiciones á Correos?

PAQ. Se había metido en una casa de institutriz. Una tarde la ví en Recoletos con dos niños.

BENAV. ¿Pero sabía ella algo para niños?

PAQ. No; lo que ella sabía era más para adultos; pero se conoce que le había gustado al cabeza de familia. Aquel desengaño, el disgusto con mi padre, mi salud resentida por aquel vivir sobresaltado, todo cayó sobre mi espíritu y sobre mi cuerpo de un solo golpe y arrepentido y triste pensé en la redención. Quise salvarme, querido Benavides; quise detenerme en la pendiente por la que rodaba á un abismo de desesperación... y de envilecimiento y me así...

BENAV. ¿A una anciana con dinero?

PAQ. Me así al amor... al amor de una mujer encantadora y honrada, y ¿á qué negártelo? rica... Y, ¡asómbrate, querido Benavides, asómbrate! ¡Me caso mañana!

BENAV. (Levantándose.) ¡Cuerno! Y perdona la exclamación. ¿Que te casas?... ¿He oído bien?

PAQ. Que me caso mañana, sí, querido Benavides; ¡que me caso mañana!... Es decir, que me caso mañana, si tú quieres.

BENAV. (Asombrado.) ¡Canario! ¿Cómo si yo quiero? ¿Pero estás loco?

PAQ. Quizás, sí; pero déjame que me explique que ahora entra lo grave del caso. Escucha.

ESCENA V

DICHOS y ARTURÍN

ART. (Entrando.) Buenos días, muy buenos días.

BENAV. ¡Hola, Arturín! (A Paquito.) Aguarda un momento.

ART. ¿Están ustedes bien?

BENAV. Bien y ¿tú?

ART. Bien, gracias á Dios.

BENAV. ¿Qué querías, rico?

ART. ¿Su familia buena?

BENAV. Bueno, digo buena; bueno, ¿qué querías?

ART. De parte de mi madre que si me hace usted

el favor de darme el almirez que le prestó ayer, y que usted dispense la molestia.

BENAV. Sí, hombre; (A Paco.) perdona un momento. (Coge el almirez de encima de la consola y se lo da.) Aquí lo tienes; y dile á tu madre que muchas gracias...

ART. No hay de qué darlas, y usted lo pase bien, y usted lo pase bien.

PAQ. Adiós, monín, (Le da la mano sonriéndose.)

BENAV. ¡Adiós, rico!

ART. Y que se conserven ustedes tan buenos. (Sale.)

PAQ. Hombre, que niño tan bien educadito.

BENAV. Es una monada. Está en todos los detalles la pobre criatura.

ART. (Entrando de nuevo.) Señor Benavides.

BENAV. ¿Qué hijo?

ART. Que se le ha olvidado á usted darme la mano.

BENAV. ¡Ah! sí; es verdad, (Le da la mano.) que sigas bueno.

ART. Digo la mano del almirez.

BENAV. ¡Ah, sí, hombre, toma! (Se la da.) Este chico me hace un lío con la finura. (Vase Arturín haciendo reverencias.)

ESCENA VI

BENAVIDES y PAQUITO

BENAV. Bueno, vamos á ver; que me has intrigado, Paquito. ¿Con qué dices que te casas mañana?

PAQ. Mañana.

BENAV. ¿Si yo quiero?

PAQ ¡Eso es! si tú quieres.

BENAV. ¡Canario!... ¿Y qué tiene que ver mi voluntad con tu matrimonio, porque no comprendo?...

PAQ. Verás. Ya te he dicho que mi novia es una mujer rica.

BENAV. ¿Pero rica en metálico ó en especie?

PAQ En ambas cosas. Es huérfana de padre, su mamá es dueña de un comercio de telas muy acreditado. Una familia de modesto origen, pero adinerada; y la muchacha es un primor. ¡Oh, mi Luisa! Omito detalles y voy al grano. Verdaderamente interesado formalicé las relaciones, hablé á la madre, la di palabra de matrimonio, la muchacha empezó á hacerse el *trouseau.*

BENAV. ¡Arrea!

PAQ. Y escribí á mi papá dándole cuenta de todo y rogándole que si quería verme feliz y redimido que escribiese á la madre de mi novia pidiéndole para mí la mano de su hija

BENAV. ¿Y qué te contestó tu papá?

PAQ Que yo era un sinvergüenza...

BENAV. ¡Atiza!

PAQ Y que como le volviera á molestar le escribiría á esa señora diciéndole quien era yo.

BENAV. ¡Porra, con tu papá!

PAQ Y claro, rompí aquella carta, mandé á un amigo escribir otra, simulando ser de mi padre, y pidiendo la mano con todo cariño y alegría; la mandé á Valladolid, donde como sabes reside mi familia, para que la franquease desde allí un primo mío; y excuso decirte la satisfacción en casa de mi novia el día que se recibió la falsa epistolita.

BENAV. ¡Qué chico!

PAQ. ¿Pero Benavides de mi vida, que iba á hacer?... Ciego, enamorado, comprometido... Yo, había momentos que estaba arrepentidísimo y me disponía á confesarles la verdad, pero me enseñaban el juego de novia... y perdía el habla.

BENAV. Nada, que somos unos desgraciados. ¡Sigue! ¿Qué tendrán las faldas?

PAQ Pues nada, chico, que ya puesto en la pendiente, seguí fingiendo cartas de mi padre, y se han sacado papeles y se han cruzado regalos, y en fin, que la boda se verificará mañana.

BENAV. ¡Un espanto!

PAQ. Sí, porque ahora entra lo gordo. Mi padre, *es decir yo,* las he prometido en otra carta falsa, naturalmente, venir el mismo día de la boda para apadrinarnos y estar con nosotros veinticuatro horas. Mi padre, claro, que no vendrá, y sin embargo, mi padre es preciso que venga... ¿Comprendes? ¿Lo comprendes, Benavides?

BENAV. Bueno, espérate, espérate, Paquito, que me haces un taco. ¿Tu padre forzosamente tiene que venir?

PAQ. ¡Eso es!

BENAV. ¿Y tu padre forzosamente no viene?

PAQ. ¡Eso es!

BENAV. ¡Pues no lo comprendo!

PAQ. ¿Qué no lo comprendes, Benavides? ¿A qué vengo á buscarte? ¿Por qué he subido ciento veinte escalones? Pues para que me salves, para que me acompañes; en una palabra y sin eufemismos, para que tú, Benavides, seas mi padre.

BENAV. (Dando un salto.) ¡¡Paco!!

PAQ. ¡Benavides, por Dios! ¡Sálvame!

BENAV. ¡Pero tú estás loco! ¿Yo tu padre? ¡Eso, jamás!

PAQ. Benavides, que es mi porvenir; la fecha fijada, las invitaciones hechas, todo arreglado: ¿qué hago yo mañana?

BENAV. ¡Que no, Paquito, suplantaciones no; yo he sido muchas veces un tío, y algunas un primo! ¿pero padre?... ¡Caray! .. vamos, que no. ¡Ni en broma!

PAQ. Pues me mato, sí. (Se dirige á la ventana.)

BENAV. ¡Eh! ¡Muchacho! (Le detiene.)

PAQ. ¡Nunca creí que me abandonases en este trance! (Llora.)

BENAV. ¿Pero no comprendes?...

PAQ. ¡Si son veinticuatro horas nada más, Benavides!

BENAV. ¡Ni un minuto!

PAQ. Yo que te traía para que te presentases dignamente mil pesetas... ¡mil pesetas! Míralas. (Las saca de una cartera.)

BENAV. ¡¡Mil pesetas!! (Vacila como si se marease ante el

billete, y de pronto, en un arranque paternal, estrecha fuertemente á Paquito.) ¡Hijo de mi alma!... ¡Pero, Paquito, hijo mío!... bueno, caray, no llores que me afliges. ¿Escucha, hijo mío, no será muy comprometido eso?

PAQ No; si se trata de una familia buenísima, y además al día siguiente de casarme te prometo confesarle la verdad á mi suegra, diciéndole que todo lo he hecho por el amor... de su hija, y me perdonará.

BENAV. ¿Te perdonará? Bueno: pero y si se entera tu padre, ¿me perdonará á mí?

PAQ. ¡Al verme dichoso habrá de alegrarse! ¿Qué va á hacer? ¡Anda, Benavides!

BENAV. Mil pesetas... y... Estoy atontado... Bueno... mira... espera.

PAQ. Yo me acordé de ti, porque tú eres la única persona fina capaz de hacer una... una...

BENAV. ¡Una sinvergonzonería, así, dilo claro!

PAQ. ¡No, por Dios! Salvar á un amigo y procurar la felicidad de dos almas que se adoran; es una acción que, por reprobable que parezca, la perdonarán siempre los espíritus generosos.

BENAV. ¡Ea! tienes razón, á Roma por todo; por el amor ¿eh? lo hago por el amor.

PAQ. ¿Consientes?

BENAV. ¡Sí! ¡qué demonio! ¡Pero sólo por el amor!

PAQ. Entonces las mil pesetas...

BENAV. Tráelas y no hablemos de dinero, me repugna. (Se las guarda.)

PAQ, Eres mi padre, Benavides. (Le abraza.)

BENAV. ¡Gracias! Ahora detalles. ¿Qué es tu papá, que no me acuerdo?

PAQ. Catedrático de Medicina. Especialista en enfermedades de la garganta, nariz y oídos.

BENAV. Muy bien. Catedrático y especialista. Tu mamá murió, ¿verdad?

PAQ. Cuando yo tenía cinco años.

BENAV. Muy bien, es decir... en paz descanse; pero, bueno, enterado. ¿Cómo me he de presentar?

PAQ. De levita. Yo te pondré en autos; por de pronto, vístete y vamos á una peluquería.

BENAV. Eso es, y á un restaurant; quiero reponerme de cara y de fuerzas.

PAQ. Gracias, Benavides, gracias. Eres mi padre definitivamente.

BENAV. Bueno; pero yo, en cuanto os deje casados, salgo huyendo como un corzo.

PAQ. ¡Sí, hombre, sí!

BENAV. Pues hecho. Voy á vestirme... (Empieza á vestirse.)

PAQ. ¡Verás qué familia más encantadora!

BENAV. ¡Yo de levita y recién comido! Oye tú, ¿tienen otra hija?

PAQ. Y muy simpática.

BENAV. ¿Muy simpática?... ¡Es un dato! Dame la camisa.

PAQ. ¿Dónde la tienes?

BENAV. Una tostada que verás ahí entre esa ropa, en el cofre. Y la madre, ¿qué carácter tiene?

PAQ. Pues la madre es un carácter bondadoso, sensible, un si es no es romántico. (Revolviendo la ropa.)

BENAV. ¿Pero me das la camisa?

PAQ. Chico, no la veo.

BENAV. Sí, hombre, mírala. (La coge.) Me la pongo en un momento. La corbata me la pondré ahora... ahora cuando salgamos á la calle, ¿sabes? (Se pone la camisa.) porque la que tenía la llevo aquí, en la cintura. Se me cayeron los botones del pantalón y me parece mejor ir sin corbata que tener un juicio de faltas... de botones.

PAQ. Desde luego. ¿Dónde tienes el chaleco?

BENAV. ¡Ahí!...

PAQ. ¿Dónde?

BENAV. Ahí, en la calle de la Primavera, veintitrés pero no te molestes.

PAQ. ¿Ha vencido?

BENAV. En toda la línea. ¡Como que era un héroe! Trae la americana.

PAQ. Toma. (Se la pone Benavides.) ¡Chico, cómo la tienes!

BENAV. Cuatro ó cinco lamparitas. Nada; esto es greda. Hazme el favor de pasarme este ce-

pillo y verás; como si la estrenara. (Le da el cepillo.)

PAQ. Pero oye, esto no tiene cerda. ¿Cómo cepilla?

BENAV. A golpe. Es un sistema yanki.

PAQ. (Frota y cepilla.) Chico, qué atrocidad, ¡qué polvo!... (Tose.)

BENAV. ¿De manera, querido Paquito, que el carácter de tu suegra dices que es?... (Tose.)

PAQ. Una malva... Lo más peligroso de esa familia... y lo que te recomiendo... ¡Yo me ahogo!

BENAV. El aceite, que lo dejé á la lumbre.

PAQ. ¡El aceite y la greda! (Tosen los dos.)

ESCENA VII

DICHOS y MARIANA

MAR. (Entrando.) Don César.

BENAV. Adelante... ¿Qué quieres?

MAR. Pues ná, el zapatero que ha vuelto... (Tose.) y está abajo, y dice que si no le paga usted los tacones le va á sacudir el polvo.

PAQ. ¡Pues dígale usted que suba!

BENAV. ¡Lo que tienes que decirle.. es que me haga unos zapatos de charol, y que venga á cobrar cuando quiera! ¡Soy rico, Mariana!...

MAR. (Tose.) ¿Qué dice usted?

BENAV. Que soy rico, que ya no hay quien me tosa... (Todos tosen fuertemente.) Porque, ¿sabes quién es este joven?..

MAR. ¿Quién?

BENAV. ¡¡Mi hijo!!

MAR. ¿Su hijo?...

PAQ. ¡¡Su hijo!!

BENAV. ¡¡¡Mi hijo!!!

MAR. (Asombrada.) ¡Usté padre! ¿Un hijo?

BENAV. ¡Mi hijo! ¡Y se casa con una millonaria!

MAR. Pero...

BENAV. Ya te lo contaré todo cuando regrese. Adiós,

querida Mariana, y encárgate por mi cuenta un traje sastre, por lo que pueda tronar. ¿Vamos, hijo? ¡Hijo mío!

PAQ. ¡Vamos, papá! (Hacen mutis, cepillando Paquito á Benavides.)

MAR. ¡El padre! ¡Un hijo!... (Se persigna.) En el nombre del Padre... del Hijo... (Telón rápido.)

FIN DEL PRÓLOGO



ACTO PRIMERO

Decoración: Gabinete lujoso, amueblado con más riqueza que buen gusto. Puerta al foro y laterales. Es de día. Al foro izquierda adosados á la pared, un sofá y dos sillas.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen DOÑA CARMEN, desmayada en una butaca; á su alrededor, prodigándole remedios y consuelos, DOÑA ENRIQUETA, MARÍA-PEPA, LUISITA con la falda de novia y un matiné sin abrochar, la hace aire con un abanico. DON ROSENDO enfría una taza de tila. PARREÑO la da á oler un frasco de éter. ISABELITA, REMEDIOS y SOCORRITO, muy elegantes y de mantilla blanca, rodean á la enferma, que está vestida de casa y á medio peinar

LUISA (Muy acongojada.) ¡Ay, mamá!... ¡pero mamá! ¡Por Dios, mamá! ¡Ay, si yo sé esto!

PAR. ¡Dejarla, dejarla que huela!... ¡Dejarla, que huela!

ENR. (Haciendo esfuerzos para lograr lo que dice.) Separarse que la afloje el corsé.

SOC. ¡Vamos, tía, por Dios!

ROS. ¡Que beba, que beba un poco!

PAR. ¡Que huela, que huela!

ENR. ¡Por Dios, Parreño, que pone usted el frasco en mis narices!

PAR. Señora, usted dispense, es que ya no sé lo que hago. Es el cuarto ataque.

LUISA — Mamá, mamita... ¡por Dios! Bebe, anda, bebe. (Le acerca la taza que le toma á don Rosendo.) ¡Que me pongo muy nerviosa, anda! Bebe, mamá.

M. PEPA — Vamos, Carmen; mujer, no seas así; el que se te case una hija no es motivo para estas congojas.

PAR. — ¡Mucho, mucho!

ISAB — ¡Pues claro!

ENR. — Mujer, si debías estar reventando de satisfacción. ¡Vamos, Carmen, no seas niña!

LUISA — No... no la desabroche usted tanto, don Rosendo, que ya se la ve... (Fijándose.) sí, ya se la ve abrir los ojos.

PAR. — ¡A ver! (Se acerca á mirarla.)

M. PEPA — ¡Carmen, Carmen!

CAR. — (Dando un fuerte suspiro.) ¡¡Ay!!

PAR. — (Separándose asustado.) ¡Caray!

CAR. — ¡¡Ay, ay!! ¡¡Hija de mi vida!! (La abraza llorando después de levantarse.)

LUISA — ¡Mamita! ¡Mamita de mi alma! ¿Pero por qué te pones así?

CAR. — (Llorando amargamente.) Es que tú... tú... tú... hija... mi... mi... mía... (Los gemidos no la dejan hablar.) no, sa... sa... sa... ¡Ayyyy!

SOC. — ¡Pero, tía!

ENR. — ¡Dejarla, dejarla, no decirle nada ahora!

M. PEPA — Dejarla que llore. ¡Es la crisis!

ENR. — Llora, hija, llora.

TODOS — ¡Que llore, que llore!

UNOS — ¡Lora, llora!

OTROS — ¡Llore usted, llore usted!

(Doña Carmen abraza á su hija, se deshace en un mar de lágrimas, suspiros y gemidos. Todos la dan palmaditas en la espalda.)

LUISA — Anda, mamá, ¿pero no estabas tan contenta?

ROS. — Un sorbito de tila. (Le da la taza.)

CAR. — Sí, hija mía; sí lo estoy... pero perdóname. (Llorando aun pero menos asustada. Sin embargo tiembla mucho su mano y va saltando la tila de la taza. Todos se separan.) Esta separación... esta separación...

PAR. — ¡Es por la tila! Traiga usted. (Le coge la taza.)

CAR. — ¡Ay! y ustedes perdonen. Soy una desgra-

ciada por mis nervios. Y dispénsenme que les haya dado este espectáculo. (Se abrocha.)

ROS. Nada de tonterías, Carmen... Lo que nosotros sentimos es no haber visto más... más entereza en su carácter, que siempre ha sido firme y razonable.

PAR. Mucho, mucho.

CAR. ¡Usted no ha sido madre nunca, don Rosendo!

ROS. No me ha sido posible, pero sin embargo comprendo el amor maternal en su intensidad...

ENR. Bueno, no la marees.

ROS. Me has machacado una frase chasperianina.

CAR. ¡Hija de mi alma! Siempre á su lado. ¡Mis brazos de niña, mi cariño de mayor, han sido su sostén y su guarda! ¡Ella llenaba esta casa con su alegría .. y ahora... un nuevo hogar y un nuevo cariño le harán que incline su alma á otros afectos... y poco á poco, es la ley fatal de la vida... perderé el calor de sus besos y de sus caricias!

LUISA ¡Mamá, por Dios! (Llorando.) ¡No te pongas así, ni digas eso, vaya! (Le da una excitación nerviosa.) ¡Que vas á hacer que me dé á mí... eso es!... ¡Ay! ¡No quiero, vaya! (No la deja hablar el llanto y las convulsiones.) ¡Ay! ¡Ay!

CAR. No, hija, por Dios, no te pongas así. ¡No llores! ¡Hija mía!

ISAB. ¡Pero si la dice usted unas cosas!

PAR. ¡Que huela, que huela!

CAR. ¡Hija, hija mía! ¡Luisita!

M. PEPA (A Carmen.) ¿Lo estás viendo?

ROS. ¡Desabrocharla, desabrocharla!

ENR. ¡Quita de ahí, majadero!

CAR. ¡Huele, hija, huele!

LUISA Es... (Llorando.) que con tus... co... co...

SOC. ¡Pero Luisita!

PAR. Dejarla que llore, dejarla que llore.

TODOS Llora, llora, llora.

(Luisa llora amargamente, reproduciéndose el cuadro del principio.)

ESCENA II

DICHOS y DOLORES

DOL. (Por el foro.) Señora.

CAR. ¿Qué quieres?

DOL. Esta tarjeta de parte de las señoritas Amparo y Teresita Cañas, que envian un magnífico juego de plata, que han pasado al comedor.

CAR. ¡De plata!

LUISA ¡Las de Cañas! Ves, mamá, como te lo decía, han tardado, pero las esperaba.

CAR. Estas Cañas siempre han sido muy finas.

LUISA Vamos á verlo, vamos á verlo.

ENR. Sí, vamos, vamos.

TODOS Vamos. (Vanse foro todos los personajes menos Parreño y don Rosendo.)

ESCENA III

DON ROSENDO y PARREÑO; luego DORA

ROS. ¡Pero ve usted estas señoras, amigo Parreño!... ¡Ja, jay! ¡Qué sistema nervioso tan suceptible! ¡No conozco antihistérica como el escaparate de Lacloche!

PAR. Mucho, mucho, don Rosendo. Tiene usted razón; y á propósito de medicinas, eso que ha dicho usted antes de chasperianina, ¿es para el dolor de cabeza?... porque tengo una jaqueca terrible.

ROS. ¡No, hombre, por Dios! Me refería á *Chasper*, el gran poeta alemán. Y le decía á mi mujer que me había estropeado una frase chasperianina.

PAR. ¡Ay! usted perdone; yo es que como casi todo lo que acaba en *ina* me huele á medicina...

ROS. Según y cómo: porque ahí tiene usted la calahuala.

DORA (Saliendo. Muy elegante, de mantilla. Lleva impertinentes. Es un tipo seco, árido, de aspecto varonil, sabihonda y altiva. Con una suficiencia que la hace despreciar hasta el aire que respira.) ¡Señores míos! (Los saluda.)

PAR. Dora.

ROS. ¡Dorita!...

DORA ¿Pero qué lamentos he oído? ¿qué ayes?... ¿qué era ello? ¿qué pasaba?

PAR. Nada, su mamá de usted que estaba en el cuarto ataque de nervios.

DORA (Despreciativamente.) ¡Jesús! ¡Caracteres endebles!

PAR. Mucho, mucho.

ROS. Y claro, tu hermana, al verla y al oirla se ha excitado también...

DORA ¡Qué ridiculez! ¡Calle usted, por Dios! ¡No sé cómo son! ¡Nervios! ¡El pretexto de toda necedad!

PAR. Mucho, mucho.

DORA ¿Conoce usted nada más cursi que una mujer nerviosa?

PAR. ¡Un hombre!

DORA Oportuno. (Ríe.)

ROS. Bueno, te diré, hay momentos en la vida que justifican la excitación de una mujer, Dorita. El casarse, por ejemplo...

DORA ¡El casarse! ¿Y qué es casarse?... Un accidente sin importancia. A la postre, ¿qué es el matrimonio? Si decimos la verdad á secas, pues un estado civil en el cual el hombre se aburre...

PAR. Mucho, mucho.

DORA Y la mujer finge no aburrirse.

ROS. Sin embargo, te diré...

DORA Es incontrovertible la verdad, don Rosendo.

PAR. Mucho, mucho.

ROS. Bueno, la verdad será incontru... tro... eso que has dicho; pero yo aseguro que casarse no es un accidente, ¡caracoles! son muchos accidentes, ahí está tu mamá y tu hermana...

PAR. Mucho, mucho.

DORA ¿Usted, Parreño, tiene afán por casarse?

PAR. Poco, poco. Y esto también es incontrovertible.

DORA Cambiará usted de modo de pensar; usted es un abúlico.

PAR. ¿Yo?.. Es favor. (Aparte.) No sé lo que es, pero ésta me la apunto.

ROS ¿Y tu futuro cuñado no ha venido?

DORA Todavía no, porque creo que el tren en que viene su papá, no llega hasta las diez y media.

ROS ¿Y qué noticias tienes de ese caballero?

DORA ¡Ah! es un hombre realmente encantador, un verdadero *causes*, al menos, por sus cartas. ¡Qué estilo tan sugestivo! No se parece á su hijo, que es ligero, superficial, de una frivolidad que atormenta.

PAR. Y dicen que es un sabio.

DORA ¡Como médico una eminencia! Es culto sin pedantería, profundo sin aridez, ameno sin banalidad.

ROS. Y viudo sin remisión, porque creo que se le han muerto ya tres mujeres.

DORA En efecto, Paquito es hijo de la tercera. ¡Yo estoy deseando conocerle!

ROS. ¡Y yo!

ESCENA IV

DICHOS, DOÑA DELI, CLO-CLO, CLA-CLA y el SEÑOR TAPIA.
Salen por la derecha

DELI ¡Monísima, monísima! Encantadora. ¡Un primor de criatura! ¡Venimos admiradas' hija!

DORA ¡Doña Deli! (Se saludan.)

TAPIA Está guapa, guapa, guapa de veras.

DORA Favor que usted la hace, señor Tapia. ¿Cómo estás Clo-Clo?

CLO-CLO Hija, achicada; tu hermana está preciosa.

DORA ¿Os ha gustado el traje?

DELI Dice Cla-Cla que va á llamar la atención.

CLA-CLA ¡Ah, no os quepa duda!

DORA — Sin embargo, yo, para traje de boda, no creo que ya la forma Princesa...

DELI — ¡Ah, sí, hija, sí! Es la gran, gran, gran moda. Créeme que el traje no se lo hubiera hecho mejor *Paquen*, si resucitara; que fué el que me lo hizo á mí. ¿Te acuerdas, Mariano?

TAPIA — (Que es muy sordo.) ¿Qué?

DELI — En nuestra boda.

TAPIA — ¡Ah, sí!

DELI — El traje que me hizo *Paquen.*

TAPIA — ¿Pa qué?

DELI — *¡Paquen!*

TAPIA — Yo qué sé pa quién, será para la novia.

DELI — Por Dios, Mariano; hoy estás para aprender una polka, hijo. ¡Jesús, qué hombre! Pues sí, hija, yo me casé de velo corto, que entonces era la gran, gran, gran moda, y mira, me casé en casa; pues para ir á la capilla, atravesé el salón que estaba cuajadito; fué la aristocracia toda, ¿verdad?

TAPIA — ¿Eeeeh?

DELI — ¡La aristocracia!

TAPIA — Sí...

DELI — El día de nuestra boda, que les decía que fué toda la aristocracia.

TAPIA — ¡Ah, sí, fué toda, toda!

DELI — Pues llamé la atención. ¡Aquello eran bodas!...

CLA-CLA — ¿Y los apadrina por fin el papá de Paquito?

DORA — Seguramente. Ya estará en Madrid.

ESCENA V

DICHOS y una DONCELLA

DONC. — Señorita, de parte de la señorita Luisa, si puede usted ir un momento, con permiso de los señores.

DELI. — Sí, hija, anda, anda con toda confianza.

DORA — Ustedes perdonen, pero en días así...

DELI. — Anda, anda, sin disculpas, sin disculpas. (Mutis por el foro Dora y la Doncella. El señor Tapia

que se ha ido hacia el foro derecha, á hablar con Parreño y don Rosendo.)

TAPIA ¿Qué?

PAR. ¿Qué si sabe usted por una casualidad lo que quiere decir abúlico?

TAPIA Yo no.

ROS. Yo le he dicho que no se lo llame á nadie por si acaso.

TAPIA Muy sensato, podia tener un disgusto. (Siguen hablando en voz baja.)

CLO-CLO Nada, mamá, no te molestes, el traje es de un mal gusto horrible.

CLA-CLA ¿Sabes lo que me ha parecido á mí? la hija de un carnicero. Eso.

DELI. Ya lo sé, hijas mías; ¿pero se lo vas á decir á ellas?

CLO-CLO Claro que no, pero se calla una.

CLA-CLA Es preferible, y á mí me llamarán envidiosa ó lo que quieran, pero no alabo lo que no me gusta. ¡Tengo esa costumbre! Y el novio es un cursi, un cursi y un cursi. Ya lo sabes.

CLO-CLO Y ya verás cómo acaba esta boda.

CLA-CLA Y cuando venga el padre, pocos aspavientos de que si el hijo es así ó asao, que yo te conozco.

CLO-CLO Sí, porque para tí, no siendo nosotras, todo es divino, precioso, encantador.

DELI. Pero hijas, pero hijas... ¡pero hijas por Dios que yo no tengo la culpa de que se os casen las amigas! En cuanto vamos á una boda no hay quien os aguante.

ESCENA VI

DICHOS y PAQUITO foro

PAQ. Señoras, señores. ¡Clo-Clo, Cla Cla! (A ellos.) ¿Ustedes buenos?

DELI. Paquito.

LAS DOS Hola, Paquito.

PAR. ¡El novio! ¡El novio!

ROS. ¿Y ese pulso?

TAPIA ¡Muy emocionado! ¿eh?

PAQ. Lo natural.

TAPIA ¡Eh?...

PAQ (Gritando.) ¡Lo natural! Háganse ustedes cargo, ¡que día, que día!

PAR. Mucho, mucho.

PAQ. ¿Y Luisa? ¿y mamá?

DELI. Acabando de vestirse.

PAR. ¡Granuja!... ¡Tienes cara de abúlico!

PAQ. ¡Déjame de tonterías, hombre!

PAR. (Ya sé lo que es, una tontería.)

PAQ. Con permiso.. Voy á verlas. Perdonen ustedes... Yo quisiera atenderles pero...

DELI. ¿Y qué, llegó su papá?

PAQ. Sí, lo he dejado en el Hotel. No debe tardar.. Dispénsenme, pero en días así...

DELI. Nada, nada... con libertad.

PAQ. Soy con ustedes. (¿Qué habrá sido de Benavides? ¡Dios mío, no he podido dar con él!) (Vase derecha.)

TAPIA Oye, Clo-Clo, léeme esto... debe ser algún remedio para mi enfermedad. (Le da un periódico.)

CLO-CLO ¿Dónde?

TAPIA Aquí. Este anuncio.

CLO-CLO Ah, sí. (Leyendo,) ¿Donde dice oído?

TAPIA Eso.

CLO-CLO Oído. Para alfombras y esteras, visitar *El Diluvio*. Grandes almacenes.

TAPIA ¿No es para aquí? (Por el oído.)

CLO-CLO No, es para aquí. (Da en el suelo con el pie.)

TAPIA ¿Baile?

CLO-CLO Esteras.

ESCENA VII

DICHOS y SOCORRITO, por la izquierda

SOC. (Saliendo) Doña Deli, dice tía Carmen que vengan ustedes al comedor á ver el regalo de las de Cañas.

DELI. ¿Bonito, eh?

SOC. ¡Suntuoso! Chicas, verdaderamente magnífico, vereis.

DELI. Ya ves, ya ves si se han portado bien, ¿eh?

ROS. Tardías pero seguras... (Salen todos por la izquierda, excepto Tapia que se sienta á leer á la derecha del foro.)

ESCENA VIII

TAPIA, DOLORES, PAULINO, BRAVO, SANCHEZ y MUÑOZ. Paulino de treinta y cinco años, los otros son mas jovenes, el último casi un niño. Visten con elegancia cursi propia de su condición de horteras que desean lucir en un día memorable. Bravo lleva un cuello postizo que se le desabrocha con frecuencia. Paulino trae una caja con una sombrilla

DOL. Pasen, pasen ustedes por aquí.

PAUL. Con permiso, pasar. (Entran los tres.)

LOS TRES Buenos días. ¿Cómo está usted?

PAUL. Bravo, el cuello.

BRAVO (Abrochándose.) (¡Caray con el cuellito; me da el día!)

DOL. ¿Tienen la bondad de decirme á quien anuncio?

PAUL. ¿No tiene usted el gusto de conocernos?

DOL. No señor, pero no lo extraño. Hace dos días que estoy en la casa. Soy la nueva doncella de la señorita.

PAUL ¡Ya me chocaba á mí la cara! Pues tenga la bondad joven, de decir á doña Carmen, que está aquí Paulino y los otros tres.

LOS TRES Servidores. Somos la dependencia de la tienda.

DOL. Ah, sí, sí... tomen asiento.

PAUL Tantas gracias, joven. Sentarse. (Al volverse le da á Muñoz con la caja.)

MUÑOZ Que me da usted con el *osequio*.

PAUL. Callarse. Oiga, joven, háganos el favor de decirle á la señora, que traemos el presente para los futuros.

DOL. Muy bien. (Vase por derecha.)

PAUL. Bravo, el cuello.

BRAVO Oye, Sánchez, abróchame. Haz el favor.

SÁNCHEZ Te has traído una camisita que es un titilimundi.

MUÑOZ ¡Qué bien puesta tienen la casa! ¿Quién la hobrá amueblado?

PAUL No sé si Luis XV ú XVI.

MUÑOZ ¡Caray!... (Intenta levantarse.)

PAUL Quieto; (Deteniéndole.) No metamos la pata.

BRAVO Oiga usted, Paulino.

PAUL ¿Qué?

BRAVO Que no hemos saludado aquel señor.

PAUL. Es verdad. Levantarse. Servidor de usted. (Tapia no hace caso.) Buenos días. (Lo mismo.)

MUÑOZ No ha oído.

PAUL. Callar. Que los tenga usted muy felices. (Pausa.) No contesta. (Mira con asombro á los tres.) Sentarse. (Se sientan.)

BRAVO ¡Oiga usted! ¿Será de escayola?

PAUL. No seas borrico.

BRAVO Digo de esas figuras decorativas que se ponen ahora en los gabinetes leyendo el periódico?

PAUL. ¿Pero no ves que es un caballero?

MUÑOZ ¿Quiere usted que vaya y lo toque pa salir de dudas. (Tapia se mueve.)

PAUL. Callar, que ya rebulle. Levantarse. (Se levantan.) Tenga usted muy buenos días. (No hace caso Tapia.)

SÁNCHEZ Como si saludásemos al Obelisco.

PAUL. Sentarse. (Se sientan.)

MUÑOZ La señora.

PAUL. Levantarse. (Se levantan.)

ESCENA IX

DICHOS y DOÑA CARMEN por la derecha

CAR. (Ya vestida muy lujosa.) ¡Hola! ¿Vosotros? (Llorosa toda la escena.)

PAUL Señora.

LOS TRES Señora.

CAR. ¡Ay, Paulino, hijo! Cuanto me alegro de veros á todos. ¡Sentarse... sentarse!...

PAUL. Sentarse. (Se sientan.) Doña Carmen, la dependencia del «Gusano de seda», no puede

asociarse de forma mejor al júbilo que reina aquí, que...

CAR. Nada, hijo, no me digas nada. Sé lo que me queréis, gracias, gracias, pero tú lo sabes... era mi ojo derecho. (Llora.)

PAUL. (Compungirse.) (Los tres se ponen muy tristes.)

CAR. ¡No hacerme caso, hijos! ¿Y qué es eso tan largo?

PAUL. Doña Carmen, la dependencia del «Gusano de seda» no ha encontrado forma mejor de asociarse al júbilo...

CAR. ¿Bueno, pero qué es?

PAUL. ¡Una sombrilla!

CAR. ¡Ay! ¿por qué os habeis molestado?

PAUL. ¡Es Imperio! Pintada al óleo. (La saca y la abre.) Debil muestra de gratitud que la dependencia del «Gusano de seda», deseosa de asociarse al júbilo...

CAR. Sí, hijo mío, sí; Paulino, sí, no me digas nada, hijo. Muy bonita, muy bonita... ¡Tapia! (Alto.) ¡¡Tapia!!

TAPIA ¿Eh?

CAR. Llévalos al comedor, que les den algo.

BRAVO (¡Es sordo!)

PAUL. (¡Ya decía yo!)

CAR. ¡Que les den unas copitas de Jerez!

TAPIA Los cuatro.

CAR. ¡Que les den unas copitas de Jerez!

TAPIA ¡Ah, sí!

BRAVO (Oye tú, dáselo por escrito no nos envenene.)

CAR. Pasad, pasad.

PAUL. Con permiso. (Saluda.)

MUÑOZ Con permiso. (Idem.)

SÁNCHEZ Con permiso. (Idem.)

BRAVO Con permiso. (Idem.)

CAR. Bravo, el cuello.

BRAVO Vamos, es que me ahogaba... (Salen los cuatro con Tapia por el foro.)

CAR. ¡Pobrecillos! (Cerrando la sombrilla.) ¡La sombrilla es horrible! ¡Jesús qué día, qué día! (Vase izquierda.)

ESCENA X

PAQUITO por el foro

¡Dios mío, las once menos cuarto y Benavides sin venir! Estoy intranquilo; ya debía estar aquí. (Mira el reloj.)

ESCENA XI

DICHO y LUISA; luego los cuatro dependientes

LUISA (Por la derecha, ataviada de novia. Asomando ruborosa.) ¡Paquito!

PAQ ¡Luisa, Luisa de mi vida! (Va á su encuentro.)

LUISA ¿Estás solo?

PAQ. Completamente. ¿Ya vestida?

LUISA Quiero que seas tú el primero que me vea. ¿Estoy bien?

PAQ Encantadora. ¡Luisa mía! ¡Nunca te soñé más bella!

LUISA ¡Ay, Paco de mi alma! Siempre he creído en tu cariño y hoy, sin embargo, ya tan próximos á la felicidad en que tanto hemos soñado tengo un no se qué de duda y de miedo, que me hace temblar.

PAQ. No te sorprenda, Luisa; yo también si no tuviera la fe que tengo en nuestro eterno amor, temblaría hoy. Y es que todas las felicidades cuando se acercan sobrecogen.

LUISA Así es, como tú lo dices. ¡Sí, sí!... ¡Ay, con qué ansia y con qué temor he contado esta noche las horas que faltaban!

PAQ ¿Y pensaste en mí?

LUISA ¿En qué si no?

PAQ ¿Y qué pensabas?

LUISA Pensaba, que sería nuestra vida desde hoy un camino largo, largo... muy recto... lleno de sol, que tendríamos que recorrerlo siempre juntos, siempre solos.

PAQ. Solos. Una temporadita.

LUISA Bueno.

PAQ. ¡No me quites esa esperanza!

LUISA Y yo me decía: ¿Se cansará? ¿Sabré yo alegrarle las fatigas de esa marcha penosa? ¿Tendrá quizás que recorrer algún día desengañada y triste mi pobre alma sola el final de ese caminito, largo, largo?

PAQ. Luisa, tontina mía... Esas dudas merecen un castigo... (Mira á todos lados.) ¿Sabes qué castigo?

(Salen los cuatro dependientes.)

LUISA Paco, por Dios, ¿qué intentas? ¡No seas loco!

PAQ Dame un beso.

LUISA No, ahora no, Paco.

PAQ ¡Un beso!

LUISA ¿Y si nos viera alguien? No, no. A la vuelta de la iglesia.

PAQ. Luisa, por Dios, ahora.

LUISA He dicho que á la vuelta.

PAUL. Media vuelta, pollos. (Se vuelven de espaldas.)

PAQ ¿Quién?

LUISA ¡Ay, ves! ¿No te lo decía yo?

ESCENA XII

DICHOS, DOÑA DELI, DOÑA ENRIQUETA, DORA, CLO-CLO, CLA-CLA, SOCORRITO, ISABEL, REMEDIOS, DON ROSENDO, TAPIA, PARREÑO, acompañamiento; luego DOÑA CARMEN por el foro

DORA Aquí están.

PAR. ¿Pero qué es eso? ¿Ya empezamos á huir?

CLO-CLO ¡Confesad que es una fuga prematura!

PAQ No, por Dios, si es que esta...

LUISA Vine á buscar á mamá y...

ROS. Y te encontraste con el novio. Eso no suele ocurrir más que antes de la boda... Después vendrás á buscar á este y encontrarás á mamá.

ENR. ¡Eres un majadero, Rosendo!

DELI Vaya unas cosas que les dice. Ya se vé que no está usted subvencionado por el acreditado don Felipe.

PAQ. Ya le quitaremos la razón, deje usted.

CAR. (Saliendo por la derecha.) ¡Oye, Paquito, que son ya cerca de las once! ¿A qué hora dijiste á tu papá que viniese?

PAQ. Pues á papá le dije... (Saca el reloj.) ¡Pero si me choca mucho!... Ya debía estar aquí.

CAR. ¿Por qué no vas tú á buscarle?

PAQ. El caso es que...

DONC. (Saliendo foro.) Señora, don Victorio Sierra acaba de llegar.

PAQ. ¡Mi papá! (¡Gracias á Dios!)

CAR. ¡Tu padre! (A la Doncella.) Que pase, que pase aquí en seguida.

LUISA Vamos, vamos á recibirle.

TODOS (En voz baja. Expectación.) ¡El padre! ¡El padre!

ESCENA XIII

DICHOS y BENAVIDES. Aparece por el foro, exageradamente elegante, de levita, lleva un «bouquet en la mano

BENAV. ¡Señoras! ¡Señores! (Hace reverencias que todos contestan.)

PAQ. ¡Mi papá!

BENAV. Ante todo mi hija. ¿Dónde está mi hija?

LUISA ¡Papá! (Le abraza.)

BENAV. ¡Hija de mi alma! (La besa.) (¡Qué guapa!) ¡Hija mía! (La besa.)

PAQ. ¡Papá! (Tirándole de la levita.) ¡Mamá! (Presentándola.)

BENAV. Mamá.. digo, señora, no tengo palabras... la emoción...

CAR. Lo mismo me pasa á mí. (Llora.)

BENAV. Que diga á usted este abrazo lo que mis labios no pueden expresar. (La abraza.) (¡Guapísima!)

PAQ. (Lo mismo que antes.) Papá... Dorita, la hermana de Luisa.

BENAV. Monísima. (La abraza.)

PAQ Mis nuevas primas.

BENAV. Monísimas, monísimas. (Las abraza.)

PAQ. (Lo mismo.) Los dependientes de la casa.

BENAV. (Les da la mano.) Monísimos, digo, tanto gusto, jóvenes.

PAQ Nuestros amigos y parientes.

BENAV. A todos saludo, señores. Y desde este momento para mí tan grato, cuenten, no con el afecto, que eso sería poco, sino con una efusiva y leal amistad que se inaugura en un día para mí el más solemne, porque en él comienza para mi querido hijo una era... ¡era sí de felicidad y bienandanza!

PAUL. ¡Bravo!... (Señalándole á Bravo el cuello, que Bravo se abrocha.)

BENAV. (Le hace á Paulino un gesto de gratitud.) (Le ha gustado.) Y digo de bienandanza porque ingresar en el seno de una familia que une á su fortuna y á su distinción, una virtud y una bondad que harán de este hogar un tranquilo oasis... oasis, sí, en las arideces de la vida, es un colmo en las ambiciones de ventura conque puede soñar para un hijo adorado, como este pedazo de mis entrañas, (Abraza á Paquito.) un padre amante y cariñoso. (Mira á Paulino.) (Esto ha gustado menos.) Sin embargo, si las lágrimas que humedecen mis palabras, no os manifiestan la remi... la, remi.

PAQ. (Impaciente) Bueno, papá, que son las once.

BENAV. ¡Ah! sí, sí... la remi... la remi. . digo, la... la fa mi, la fa mi...

PAQ. (Nos está tocando una polka.)

BENAV. Bueno, son las once, y ya lo veis, el amor aparta á la elocuencia para acudir presuroso al ara de Himeneo Luego seguiré... Vamos al ara.

TODOS Muy bien, muy bien.

TAPIA (A doña Deli.) ¿Qué ha dicho?

DELI Que vamos al ara.

TAPIA ¿A estas horas á Lara?... ¿Pero están locos?...

CAR. Don Victorio, no puedo casi hablar, soy muy nerviosa.

BENAV. Nada, señora, nada. A fortalecer ese ánimo... que todavía tiene usted dilatados años para recrearse en la dicha de su hija.. y quizás,

quizás .. y no es lisonja, aspirar á una dicha semejante.

CAR. — Don Victorio, por Dios, sólo á galantería puedo atribuir...

BENAV. — (A Luisa.) Y tú, hija mía, acepta estas pobres flores que se van á avergonzar cuando aspires su perfume, de ser menos frescas y menos lozanas que tus mejillas.

LUISA — Gracias, papá; muchas gracias.

BENAV. — (Le abraza.) ¡Hija de mi alma!

PAQ. — (Le da un tirón de la levita.) Papá, que son las once.

BENAV. — Faltan unos minutos... ¡Hija de mi corazón! (Le abraza.)

PAQ. — (Interponiéndose.) Papá... que atrasas... vamos.

LUISA — ¡Ah! papá, y mil gracias por su regalo.

BENAV. — ¿Mi regalo?... ¡Peh! (¿Qué le habré regalado?)

CAR. — Y vamos á cuentas; ¿usted cuándo piensa irse, don Victorio?

BENAV. — ¡Ah, con harto sentimiento parto esta misma noche!

LUISA — ¡Ay, no, papá, no! Usted se viene á pasar unos días en el campo con nosotros.

PAQ. — Pero si no puede. Ya se lo dije á ustedes. Sus enfermos, sus clases... ¡Imposible!

BENAV. — ¡No, no puedo; mis clases, mis enfermos!

CAR. — Quince días. Tenemos una finca modesta, un monte lleno de caza, vinos riquísimos, un gallinero muy provisto, jamones curados por nosotras mismas.

BENAV. — Jamones curados. . un gallinero provisto .. ¿Qué te parece quince días, Paquito?

PAQ. — No, papá, si no puedes; tus clases, tus enfermos...

BENAV. — No, eso no; porque ahora hay vacaciones. ¿Diez días?...

LUISA — Sí, sí... se queda, se queda.

PAQ. — ¡Pero papá!

BENAV. — Me quedo, me quedo; como pueda, diez ó treinta días con ustedes. ¡Son las once! Cuando ustedes quieran.

CAR. — ¡Pues vamos, vamos allá!

BENAV. — Hija mía, el brazo. (Me quedo, me quedo.)

PAQ. Mamá. (Le ofrece el brazo.)

CAR. ¡Tienes un padre encantador!

PAQ. ¡Usted le favorece!...

TODOS ¡Vivan los novios!

(Van haciendo mutis por el foro con grandes voces y alegría. Mucha animación. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Decoración. Jardín de un hotel modesto en un pueblo de la sierra del Guadarrama. A la izquierda, fachada posterior de la casa con puerta en el centro y dos ventanas, todo practicable. Sobre la puerta un patio cubierto enteramente por un rosal trepador. El límite del jardín lo señala al foro una verja de hierro á cuyo final hacia la derecha habrá una puerta de dos hojas con una campana para llamar. En las laterales derecha: en primer término un gallinero, con gallinas, alambrado y con puerta practicable; en segundo una fuentecilla rústica medio oculta por la zarzamora. A la izquierda y ante la casa una acacia grande; al lado de ella un columpio que juega de izquierda á derecha. Delante de él y á la sombra del árbol sillas y butacas de mimbre y un velador igual y un banco rústico en segundo término derecha. Son pasos para la escena, además de las puertas indicadas, la parte posterior escénica de la casa y un sendero que comienza entre el gallinero y la fuente. Es un día radiante de verano.

ESCENA PRIMERA

DOÑA CARMEN, LUISA y CLA-CLA haciendo diferentes labores. CLO-CLO y BENAVIDES jugando al volante. GREGORIA que sale con una cazuela con salvado y un jarro de agua, canturrea mientras atraviesa la escena. Luego DOLORES

GREG. Pajarito volandero
que en todas las aguas bebe,
miá no bebas en alguna
que anegadito te quedes.

(Entra en el gallinero.) ¡Titas! ¡Titas! ¡Quita de ahí, roñosa! ¡Titas! ¡Titas!

BENAV. (En traje de campo; riendo con mucha alegría.) ¡Ja, ja, ja! ¡No puedes conmigo!... Cuatro por nada! ¿Oye usted, doña Carmen?

CAR. Ya, ya; ¡es usted formidable!

CLO-CLO ¡Pero si es que las tira muy mal!... Más largo.

BENAV. Atención. ¡Ahí va! (Tira el volante.)

CLO-CLO (Pierde.) ¡Qué fastidio!... Pero tire usted más corto.

BENAV. Cinco por nada... ¡Volante! (Pierde Clo-clo.) Seis por nada.

CLO-CLO No juego más.

BENAV. Se incomoda por nada. (Con el mismo tono en que contaba los tantos perdidos.)

CLA-CLA Mujer, no seas así.

CLO-CLO Pero, hija, si es que hace muchas trampas.

BENAV. Pero, Clo-clo, por Dios, tú lo quieres tener todo, ser bonita, inteligente, elegante y ganarnos á cuanto se juega. No es posible; ¿verdad, Luisa?

LUISA ¡Claro!

CAR. ¿Qué te pasa, hija, que estás tan lacónica hoy?

LUISA Que desde que me levanté me siento mareadísima. Me ha caído mal el desayuno... y ayer me pasó lo mismo.

CAR. ¿Qué será, don Victorio?

BENAV. (Con malicia.) ¿Que qué será? (Al oído.) Ya lo veremos.

LUISA ¿Qué dice?

CAR. Que ya lo veremos.

LUISA Papá, por Dios... (Bajito.)

CLO-CLO ¿Llevo bien el punto, doña Carmen? (Le enseña la labor.)

CAR. Apriétalo un poquito más en los pases.

BENAV. Dolores. (Llamando.)

DOL. (Sale á la puerta.) Señor.

BENAV. Tráete un panecillo de Viena y la terrina de *foie gras*.

CAR. ¿Pero no se ha desayunado usted todavía?

BENAV. No; es decir, á las ocho tomé, nada, una tazita de chocolate bebido y un panecillo con

manteca comido. Gracias que luego me entonó algo un vasito de leche; ¿si no cree usted que hubiera yo podido jugar al volante?

GREG. (Sale canturreando del gallinero.)
No rondes más por mi casa
que te pué ver el sereno...

CAR. Gregoria.

GREG. Señora.

CAR. ¿Qué, no había ningún huevo?

GREG. No señora, señora. Los tres que han puesto esta madrugá se los ha comío sorbíos aquí don Vitorio.

BENAV. ¡Ah, sí, me los tomé yo, para que no se me cortara el vasito de leche!... ¿Oye, Gregoria, y cómo está tu chico?

GREG. Medianejo anda. Desde que le aplicamos lo que usted nos mandó, que se le ha puesto la cara que es *talmente* un panecillo.

BENAV. ¿Un panecillo? Mándamelo en seguida.

GREG. De que se levante, sí señor. Se lo pensaba á usted mandar de toas las maneras, por si vía usté con que dolores ha pasao la noche el pobrecito.

BENAV. ¿Con qué Dolores?

GREG. Era una compasión.

BENAV. No te apures, que no es nada. ¿Y tu catarro cómo va?

GREG. Mejor, toso una miaja menos.

BENAV. Muy bien. Sin embargo, pásate luego por aquí y te auscultaré á ver.

GREG. Güeno, sí señor. (Mutis cantando.)

BENAV. ¡Dolores... á ver esa terrina!

CLO-CLO La verdad es que este don Victorio tiene un apetito envidiable.

BENAV. El ejercicio frecuente desgasta. ¡Hay que reponer lo que se pierde, niña!

LUISA Pues desde que estamos aquí se ha puesto usted desconocido, papá. ¡Qué colores! Da gusto verlo.

CAR. Y ha ganado en carnes.

BENAV. ¡Que si he ganado en carnes! En carnes... (y en pescados).

CLO-CLO ¿No comía usted antes así?

BENAV. Te diré, tanto, tanto no... ¡y es que los alimentos de las grandes poblaciones yo no sé que tienen que no nutren, no nutren.

CAR. Tiene usted razón, mala calidad y luego todo carísimo. Este invierno á nosotras nos han subido la carne qué sé yo las veces.

BENAV. Pues á mí últimamente ya no me la subían.

CAR. ¿Se puso usted enérgico?

BENAV. Me puse que me doblaba de indignación. ¡Claro!

DOL. (Saliendo; coloca el «foie gras», el pan y una botella de vino sobre la mesa.) Ya está servido el señor.

BENAV. Gracias, Dolorcitas.

(Suena la campana de una ermita próxima tocando á misa.)

CAR. El segundo toque, niñas. (Se levanta.) ¿Me acompañais?

CLO-CLO Con mucho gusto.

CAR. Dolores, saca los velos. (Dolores vase á la casa.)

CLO-CLO Nosotras vamos á ponernos los nuestros, y esperamos á ustedes en la puerta de casa. Hasta ahora. (A don Victorio.) ¡Que aproveche! (Vanse puerta jardín.)

BENAV. Gracias, monina...

LUISA (A doña Carmen que recoge la labor.) Yo también voy, mamá.

CAR. ¿No esperas por si se levanta tu marido?

LUISA ¡Si volveremos y estará en la cama todavía!

BENAV. El tal Paquito se me ha hecho un tumbón. ¡No ha salido á mí en eso, no!... Siempre he guardado fielmente la máxima del buen hidalgo: «El que no se levanta con el sol, no goza del día».

CAR. Ni puede hacer más que un desayuno, ¿eh? (Riendo. Dolores saca los velos y se los ponen.)

BENAV. No crea usted que en la cama se digiere tan mal, no.

LUISA Papá, si se levanta Paquito dígale usted que estamos en misa...

BENAV. Descuida... Adiós, rica mía. (La besa.) Y que no andes de prisa ni te fatigues, ¿oyes?... ¡Cuidadito!

LUISA (Ruborosa.) Bueno, bueno...

CAR. Hasta luego.

BENAV. Qué encanto de hija, dame otro beso. (Le besa.) ¿Quiere usted que las acompañe, doña Carmen?

CAR. ¡Por Dios! ¿Para qué va usted á molestarse?

BENAV. Señora, no le llame usted molestia al placer mayor de mi vida. (La abraza y golpea cariñosamente en la espalda.)

CAR. Siempre tan fino.

BENAV. Siempre tan ambicioso, que ambición es regatear los minutos de ausencia de las personas que se aman.

CAR. ¡Qué hombre!... (Suena la campana.) El último toque, don Victorio.

BENAV. (La abraza más.) El último y lo lamento. Hasta luego. A la vuelta tendrá usted hecho el ramo de todos los días.

CAR. Gracias...

BENAV. ¡Tan esbelta como su hija!... Y casi más guapa... No te ofendas. (Hacen el mutis riendo. Vanse por detrás de la verja.) Adiós.

ESCENA II

BENAVIDES, luego GREGORIA, á poco un VENDEDOR de fruta, después PAQUITO; más tarde UN VENDEDOR de telas

BENAV. (Sentándose y comiendo.) Decididamente me he metido á esta familia en el bolsillo. ¡Cómo vivo! ¡Cómo como!.. ¡Y luego las propinas que caen! Porque con esto de ser médico, en cuanto me gusta alguna, como me pasa con Gregoria, la mujer del jardinero, pues me paso el día auscultándola... y siempre es un entretenimiento agradable. El que me fastidia es Paquito, desde hace unos días que está empeñado en echarme. Pero ¡quiá! yo no vuelvo al sotabanco; porque me parece, me parece que si sigo aquí unos días más, doña Carmen Vicuña y don César Benavides, participan á usted su efectuado enlace, ó por ahí le anda.

GREG. (Sale detrás de la casa.) ¿Le hace á usted de ver-

me ahora, don Victorio?, que el chico vendrá luego, que como ha pasado mala noche...

BENAV. Sí, sí .. el chico no corre prisa, lo urgente es lo tuyo. Vamos á ver, siéntate Gregoria.

GREG. ¿A dónde?

BENAV. Aquí en esta silla. (Se sienta.) ¿Traerás poca ropa como te dije, con objeto de que la repercusión?...

GREG. Lo puesto y lo de abajo.

BENAV. ¿Lo puesto y lo de abajo? Muy bien. Pues á ver ese pulso. (Lo toma) ¡Caramba! lo tienes algo filiforme... á ver el cristalino del ojo. (Se lo mira.) Transparente. Y los carrillos... y por aquí... (Le toca la cara.) ¡Nada, una hermosura, una eburneidad que mata!

GREG. ¿Pero esto mata?

BENAV. Sí, pero cuando esto mate, cuando esto mate... será á los noventa años.

GREG. Ah, me había usted asustao.

BENAV. Muy bien, Gregoria, y vamos á ver, ¿qué sientes después de comer?

GREG. Pues ahora en verano me da así como sueño.

BENAV. ¿De manera que notas pesadez?

GREG Sí, señor; pero éso se me quita durmiendo la siesta.

BENAV. Muy bien. Espérate que te ausculte, por si acaso. Eso es. (Le pone la cabeza en el pecho.) Ve contando uno, dos, tres, ¿entiendes?

GREG. Sí, señor.

BENAV. ¡Pues, anda!

GREG. Uno .. uno, ¡uno!

BENAV. Sigue, mujer.

GREG. Si digo que viene uno.

FRUT. (Desde la verja.) Buenos melones .. sandías como la grana, uvas como la miel, peras de agua, ¿desean algo? Llevo buenas ciruelas, higos...

BENAV. No, señor, tenemos de todo. (Se agacha á auscultar.)

FRUT. ¡Buenos melones!

BENAV. Que tenemos... no hace falta nada.

FRUT. No se enfade usted, caballero. ¡Adiós ahora! (Vase.)

BENAV. ¡Qué pesadez! ¡Sigue contando, hija! (Vuelve á anscultar.)

GREG. Uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¡el señorito!

BENAV. (¡Porra!)

PAQ. (Desde la puerta de la casa, saludando.) Buenos días.

BENAV. (Sin levantar la cabeza.) (¿Se marcha ó se queda?)

GREG. (No se menea.)

BENAV. (Me ha fastidiado; adiós consulta.)

PAQ. Pero, ¿qué estás haciendo?

BENAV. ¡Hola, Paquete! Pues nada, hijo, estaba aquí, á ver si la combato á la Gregoria unos accesos bronco-laríngeos.

PAQ. Gregoria. (Muy serio.)

GREG. Señorito.

PAQ. Haga usted favor de marcharse,

BENAV. Pero, hombre, si es que me ha dicho que tenía ..

GREG. Sí, señor, unas cosas en el pecho, que...

PAQ. En el pecho no tiene usted nada.

BENAV. ¿Que no tiene nada?... ¡Cómo se conoce que no la has auscultado tú!...

PAQ. Gregoria, haga usted el favor de marcharse, he dicho...

GREG. Bueno, señorito. (¡Que mosca l'habrá picao.) (Mutis izquierda.)

PAQ. ¡Benavides, basta de farsas!

BENAV. ¡Pero, hombre! yo tengo que seguir fingiendo!

PAQ. Finge, pero no anscultes. En quince días llevas auscultadas treinta y tantas mujeres... ¡Y es mucha guasa esta!

BENAV. ¿Y yo qué culpa tengo que se acatarren?

PAQ. ¡Qué suden!

BENAV. Una eminencia no puede descender á la flor de malvas, Paquito, y si aquí las mujeres se constipan por la frescura de la Sierra...

PAQ. ¿Y tú crees que la frescura es la de la Sierra?

BENAV. Mitad de la Sierra y mitad mía; convengo en ello, pero yo lo hago por tí.

PAQ. ¡Benavides, eres un cínico!

BENAV. ¡Gracias, tocayo! ¿De modo que después que te favorecí?...

PAQ. Bien lo he pagado, moral y materialmente; pero esto va á terminar y para siempre, sea como sea. ¿Entiendes?

BENAV. ¡Pero, Paquito, no te acalores y!...

PAQ. Nada, es inútil cuanto me digas. ¡Estás abusando despiadadamente! Quedamos en que estarías entre nosotros veinticuatro horas y llevas ¡dos meses!... ¡¡dos meses!!

BENAV. No vale exagerar, ¡caray! ¡Cincuenta y ocho días!

PAQ. Dos meses, durante los cuales me has obligado á sostener una situación equívoca que me solivianta y me hace vivir con el alma en un hilo. ¡Dos meses que no te encuentro una vez, que no estés besando á mi mujer ó abrazando á mi suegra ó auscultando á la servidumbre ó mandando matar gallinas! ¡Que has dejado el gallinero en cuadro!

BENAV. ¿Y por quién hago yo todos esos sacrificios de auscultar y de abrazar y de besar y de comerme una de aves que tengo ya el estómago que me cacarea?... ¿Por quién sino por tí? ¡Ingrato!...

PAQ. Bueno, basta de lamentaciones. Me serviste, te pagué con toda esplendidez y esto ha concluído. Esta tarde te marchas.

BENAV. ¡Paquito!... ¡Hijo mío!...

PAQ. Temo que venga mi padre de un momento á otro y no quiero que me sorprenda en plena farsa. He decidido irme con mi mujer á Valladolid á pedirle perdón y, si lo obtengo, como espero, escribir desde allí á doña Carmen, contándole toda la verdad. Es el único medio decoroso de salir de este embrollo. De manera que esta tarde te vas.

BENAV. ¡Pero Paquito, espérate siquiera quince días para...!

PAQ. ¡¡Ni un minuto más!!

BENAV. Al menos ocho días.

PAQ ¡¡¡Ni un minuto más!!!

BENAV. Bueno, pues... hablemos francamente. Yo no me voy de aquí. A mí no se me echa como un desperdicio inmundo que cuando estorba se le...

PAQ. ¿Qué no te vas?

BENAV. (¡Energía, Dios mío!) No, señor.

PAQ. ¡Benavides, vete, vete, que me vuelves loco!...

BENAV. ¡He dicho que no! ¡Yo quiero antes sincerarme! y...

PAQ. Vete, Benavides, que me pones en un disparadero y... (Levanta el puño.)

BENAV. ¡Paquito, que estás hablando con tu padre!...

PAQ. Benavides, no me recuerdes... (Le coge la solapa.)

BENAV. Y óyelo bien, Paquito, hace falta que tengas reflexión, hace falta...

PAQ. ¡No hace falta nada!

BENAV. Hace falta que tengas calma...

PAQ ¡No hace falta nada!

LENC. (Por la verja.) ¿Hace falta algo?

PAQ. ¡No hace falta nada! (Gritando.)

LENC. Manteles, servilletas, pañuelos, calcetines, medias, horquillas, peinetas, cintas, encajes, calzoncillos...

BENAV. Hombre, calzoncillos... Oiga, ¿á cómo?...

PAQ. No hace falta nada. Retírese. (Vase el Lencero.) ¡Y ya lo oyes! Prepara la maleta. Esta tarde te marchas.

BENAV. No te hagas ilusiones, Paquito. ¡No me voy!

PAQ. ¡Benavides, eres un miserable! Y abusas de mi paciencia porque supones que no tengo valor para afrontar ante mi suegra y cara á cara la vergüenza de una confesión, pues bien, te equivocas. Y puesto que te empeñas, esta misma mañana se lo contaré todo.

BENAV. ¡No harás eso!

PAQ ¿Que no lo haré?... Te juro por la memoria de mi madre, que en cuanto venga mi suegra le confieso toda la verdad... ¡Palabra de hombre!... Y ahora, haz lo que quieras.

BENAV. (Suplicante.) ¡Pero, Paquito, hijo!... Siquiera cinco días.

PAQ. ¡Adiós! (Vase á la casa.) ¡Ya veremos si te marchas! (Mutis.)

ESCENA III

BENAVIDES; luego DOÑA CARMEN y LUISA por el foro. Un POLLO

BENAV. ¡Canario! Este se lo dice todo á doña Carmen. Ha puesto la cara de las resoluciones definitivas. Me veo de un puntapié en el sotabanco de la calle de San Pedro Mártir, setenta y ocho y... ¡Adiós mis ilusiones, adiós boda, adiós alimento, adiós dicha, adiós porvenir!..

POLLO (Que pasa por la carretera.) Buenos días.

BENAV. (En el mismo tono jeremiaco.) Adiós Mínguez... (Reportándose y con voz natural.) Digo, adiós, Mínguez; recuerdos en casa. Caramba, dispense usted, que era que... ¿Qué haría yo, Dios mío? (Como hablando consigo mismo.) Sí, yo me... ¡Es una enormidad!... Es tremendo... pero... ¡se arma una trapatiesta!... pero... ¿y si me quedo sin cocido, qué se arma?... Pues no se arma nada, me desarmo yo... ¡Sí! ¡Lo que he pensado lo hago! ¡Aquí de mi ingenio! ¡Todo por el garbanzo! ¡Fuentesauco y á ellos!... ¡¡Paquito, no me echan!! ¡Has dado con un padre eterno!... ¡Doña Carmen y Luisa!... ¡Calma! (Doña Carmen y Luisa entran por la puerta del jardín quitándose las mantillas.)

CAR. Ya estamos de vuelta. ¡Jesús, qué calor!

BENAV. ¡Tan pronto!

CAR. Llegamos un poco tarde.

LUISA ¿Papá, se ha levantado ya Paquito?

BENAV. Sí, hasta hace poco hemos estado aquí riéndonos un rato.

LUISA Voy á verle. (Vase á la casa.)

CAR. Y yo también voy á decir á Dolores que vaya á buscar á Dora, que está en la cañada desde las siete pintando; ¡dichoso cuadrito! Les cuesta una insolación á ella y al pobre Tapia. (Va á hacer mutis.)

BENAV. (Aparte.) Animo, Benavides, valor. (Alto.) Doña Carmen...

CAR. ¿Qué quiere usted?

BENAV. Doña Carmen. Un momento. Sólo un momento. (Su actitud y la voz temblorosa interesan á doña Carmen.)

CAR. ¿Qué le pasa á usted?

BENAV. Doña Carmen, tengo que decirle cosas de gravedad y de importancia suma, y le suplico unos instantes de atención.

CAR. ¿Gravedad?

BENAV. Gravedad é importancia. ¡Sí, señora!

CAR. (Se sientan.) Pues, ¿qué ocurre?

BENAV. Doña Carmen, usted habrá observado que yo estoy en esta casa y no quiero irme.

CAR. Ni nosotros deseamos que usted se vaya.

BENAV. Gracias. Es usted angelical. ¿Y por qué no quiero irme? De un lado el afecto dulce, cariñoso, profundo, que todos, y usted particularmente, han ido filtrando en mi pobre alma sola, desengañada y triste...

CAR. ¡Don Victorio!

BENAV. Perdóneme usted. Estoy en la hora de las verdades. Y de otro la vergüenza de una confesión bochornosa para mí, pero que el mismo cariño que á usted profeso hace necesaria é inexcusable.

CAR. ¡Jesús, me está usted poniendo nerviosa! ¿Pero de qué se trata? ¡Hable usted!

BENAV. Doña Carmen, es preciso que antes de marcharme conozca usted mi horrible secreto, ¡mi espantoso secreto!

CAR. ¡Ay! ¿pero qué es?

BENAV. Doña Carmen, que Paquito. . ¡me ahoga el llanto!

CAR. ¿Qué?

BENAV. ¡¡Que Paquito no es mi hijo!! ¡¡Ah!! (Llora amargamente.)

CAR. ¡¡Ay!! ¡¡Santo Dios!! ¡¡¡Jesús!!!

BENAV. ¡¡No es mi hijo!! ¡¡no!! ¡¡¡No es mi hijo!!!

CAR. ¿Pero qué dice usted?...

BENAV. Que no es mi hijo.

CAR. ¿Que no es su hijo?...

BENAV. ¡¡No, señora, no!!

CAR. ¿Pero así... er absoluto?

BENAV. Diré á usted, debía ser mi hijo .. pero no es mi hijo, ¿comprende usted?

BENAV. Y por mi propio decoro, ruego á usted que á Luisita ni una palabra de todo esto.

CAR. ¡Calle usted por Dios!

BENAV. ¡Silencio! él.

ESCENA IV

DICHOS y PAQUITO. Sale de la casa

PAQ. ¿Ustedes juntos? Me alegro mucho porque he de hablar á usted, mamá, de un asunto gravísimo.

CAR. Tu dirás, Paquito, ¿qué es ello?

PAQ. Mamá, un cúmulo de razones que explicaré á usted detenidamente y en otra ocasión, me han obligado, vergüenza me da decirlo, pero es preciso, me han obligado á engañar á ustedes, como un miserable. Mamá, quiero que lo sepa usted todo. Ese hombre, ese hombre, no es mi padre.

BENAV. (¡Caray, si me descuido!)

CAR. Ya lo sé, Paquito. Ya sé que no es tu padre.

PAQ. (Asombrado.) ¿Qué lo sabe usted?

CAR. El mismo me lo ha confesado todo.

PAQ ¡¡Todo!! (Con asombro.)

BENAV. ¡Todo!.. Absolutamente todo.

PAQ. ¿Entonces se irá inmediatamente de esta casa?

CAR. ¡Jamás! Ese hombre no es tu padre, pero para ti, Paquito, óyelo bien, debe ser más respetable que tu propio padre.

PAQ ¡Pero qué dice usted!

CAR. ¡Que ese hombre es sublime!

PAQ. ¿Cómo sublime?

CAR. Abnegado y escarnecido vivirá con nosotros toda la vida. Ya lo sabes. (Vase por la casa.)

PAQ. (Iracundo.) ¡¡Benavides!!

BENAV. ¡Toda la vida! ¡Ya lo oyes! ¡Toda la vida! (Mutis por la casa.)

ESCENA V

PAQUITO

(Aterrado.) ¡Toda la vida! ¡Esto es espantoso!... ¡Dios mío, toda la vida!... ¡Sin duda ese canalla ha enamorado á esta pobre señora, bondadosa y crédula! ¡Ah, qué haría yo para echar á ese miserable! ¿Qué haría yo?... ¡No sé! ¡Me vuelvo loco! ¡Me vuelvo loco! (Se sienta anonadado y pensativo.)

ESCENA VI

PAQUITO y MOLINA. Por la verja

MOL. ¡Paquito!... ¡Paco.

PAQ. ¿Quién?

MOL. Paquito. Soy yo... abre.

PAQ. ¡Molina! (Le abre. Entra.) ¿Usted por aquí?

MOL. He estado antes á buscarte, y me dijo un niño que no te habías levantado aún.

PAQ. ¿Y qué hace usted en este pueblo?

MOL. Pues nada, hijo mío, he venido á buscarte. Supe lo de tu boda. ¡Cuánto me alegro de tu felicidad, hijo mío! y dije: ¡Caramba, pues ahora quizá pueda pagarme aquel piquillo de las doscientas pesetas que le presté! ¿Te acuerdas?

PAQ Sí, es verdad; no me acordaba de esa deuda. Usted perdone. Eran tantas mis preocupaciones al salir de Madrid, que...

MOL. No me choca, hijo mío; con la ventura del presente se olvidan las amarguras del pasado; á mí me hubiera sucedido lo mismo. Y de no verme en precaria situación, no te hubiera molestado nunca. Ya me conoces.

PAQ. Ha hecho usted muy bien. ¡No faltaba más!

MOL. ¡Pero hay, Paco mío, qué situación mi situación! ¿Te acuerdas del dinero que yo tiraba en aquellas juerguecitas de la Bombilla,

hijo mío?... Que á lo mejor en Champagne solamente se me iban mil pesetas... ¿Te acuerdas?... pues bien, ahora por quinientas sería yo capaz de amaestrar un loro.

PAQ. ¡Jesús, Molina, cuánto lo siento! ¿Y cómo ha llegado usted á esa...?

MOL. Mi mujer gastando por un lado; la Dominica, aquella morena, por otro. ¿Te acuerdas qué flamenca?

PAQ. Sí, ya sé. Baje la voz.

MOL. Sólo tres mil duros he gastado con Prudencia... aquella rubia alta y gorda. ¿Te acuerdas qué andares?

PAQ. Sí, señor, sí. ¡La voz que ahí dentro...!

MOL. ¡Todos, es decir, todas contra mí! ¡Y todo por ser honrado!... y no querer matar á una! En fin, ¡la miseria, chico, la miseria! Que si tú no me das ese piquillo yo no vuelvo á Madrid, no te digo más... Ni casa, ni que comer... ¡un horror!

PAQ. (Se levanta.) (¡Dios mío, qué idea! ¡Sí, yo veré cómo salgo, pero pecho al agua! ¡No hay otro remedio!)

MOL. (Se levanta.) ¿Qué te pasa, hijo?

PAQ. Molina, ¿quiere usted venir conmigo para hablar de un asunto muy interesante?

MOL. Con alma y vida, y si puedo servirte en algo...

PAQ. Tal vez, y ganarse algunos duros.

MOL. ¡Paquito! (Da un tropezón.)

PAQ. ¿Ha tropezado usted?

MOL. He tropezado con una ganga, ¡caracoles!

PAQ. Venga usted conmigo. Se necesita algún valor, ¿eh?

MOL. Hazte cuenta que estás hablando con Rodrigo Díaz de Vivar, vulgarmente conocido por el Cid; vamos. (Va hacia la casa.)

PAQ. No, Molina, por aquí, por aquí.

MOL. Por donde quieras, hijo mío, por donde quieras.

PAQ. Vamos. (Vanse por la derecha.)

ESCENA VII

DOÑA DELI, DORA, CLA-CLA, CLO-CLO y SEÑOR TAPIA. Todos por el foro. El señor Tapia viste de cazador

DORA (Sale con una caja de pinturas y un lienzo puesto en un bastidor en la mano. La siguen los demás.) Bueno, pero sin lisonja, ¿les gusta á ustedes ó no?

DELI ¡Oh, va á ser un gran, gran, gran cuadro! ¡Qué colorido! ¡Qué ambiente! ¡Cómo está la figura! ¡Cómo está esta escopeta! ¡¡y cómo está este morral!!

CLO-CLO ¡Es papá, clavadito!

CLA-CLA Y vestido de cazador. ¡Qué efecto tan soberbio!

TAPIA Me ha tomado el aire, ¿eh?... ¡Y mirar el fondo, mirar el fondo! Estoy disparando y, fijarse, se ven hasta los perdigones.

DORA He intentado, intentado nada más, ¿eh? imitar los retratos que de los príncipes de la casa de Austria tiene Velázquez, que como ustedes saben á todos los retrataba cazando.

DELI ¿Pero dónde se va á poner Velázquez contigo?

DORA ¡Claro que mi procedimiento es más moderno!

CLA-CLA ¡Y cómo le ha tomado á papá la sonrisa!

CLO-CLO ¡Y cómo le ha cogido el color de los ojos!

DELI ¡Pues el pelo se lo ha tomado admirablemente! fijaros en este mechón.

TAPIA ¿Qué?

DELI Que cómo te ha tomado el pelo.

TAPIA ¡Hora y media al sol vestido de pana, calcula!

CLO-CLO Lo que yo haría, salvo tu parecer, Dorita...

DORA Dí, hija, dí.

CLO-CLO Es rectificar un poco esta línea de las narices. Fíjate en papá y verás.

DORA Efectivamente, están algo más acaballadas que en el original. Pero eso lo hago en se-

guida. Dígale usted que se coloque, doña Deli. (Pone el cuadro sobre una silla.) Verás qué pronto.

DELI Colócate un momento, Mariano.

TAPIA ¿Para qué?

DELI Que te va á tocar las narices.

TAPIA ¿Otra vez? (Se coloca en posición de apuntar.)

DORA Muy suavemente, así... (Pinta.) lo señalo ahora y mañana ya tengo la idea... Eso es... ya está.

DELI Qué facilidad tan prodigiosa, hija.

CLO-CLO Y el pastel lo hace todavía mejor que el óleo.

DELI En cuanto acabes nos tienes que hacer un pastel de toda la familia.

DORA Con mucho gusto. Ahora vamos á enseñarle el cuadro á mamá.

CLA-CLA Le va á encantar, le va á encantar.

DELI Es un gran, gran, gran cuadro. (Mutis á la casa.)

ESCENA VIII

TAPIA apuntando y BENAVIDES por detrás de la casa

BENAV. ¡Nada, que no me voy! ¡Doña Carmen cada vez más interesada!... ¡Canario! (Se vuelve y ve á Tapia apuntando.) ¿Pero qué hace este sordo?... ¡Eh, señor Tapia!.. ¿A quién apunta usted?

TAPIA ¡Ah! ¿pero se han ido?

BENAV. ¡Hace un siglo!

TAPIA Me estaban tocando las narices.

BENAV. ¿Quién?

TAPIA Dorita.

BENAV. ¡Ah, sí, ya admiré ayer el cuadro!

TAPIA ¿Ha visto usted qué cabeza la mía?

BENAV. ¿Se le ha olvidado á usted algo?

TAPIA Es digna de Goya.

BENAV. ¡Ah, sí, señor, ya, ya!

TAPIA ¿Y los perros?

BENAV. Están ladrando.

TAPIA ¿Qué?

BENAV. Que guau, guau.

TAPIA ¡Ah, sí; voy á desnudarme! Sudo por cada pelo una gota.

BENAV. ¡Lo creo! Ese retratito con dril ó en Marzo.

TAPIA Pero en Marzo no hay caza.

BENAV. Pero se suda menos, y á los conejos qué más les da.

TAPIA Hasta luego; aquí dejo la escopeta, que es del jardinero.

BENAV. Muy bien.

TAPIA Hasta luego.

BENAV. Abur. (Mutis Tapia por la verja.) ¡Paquito viene!... Yo me hago el distraído, que me vea tranquilo. (Se sube al columpio y empieza á columpiarse y á cantar.)

«Tengo un jardín en mi casa
que es la mar de rebonito... etc.»

ESCENA IX

BENAVIDES y PAQUITO, luego la GREGORIA

PAQ. (Sale por la derecha.) (Sí, sí; canta, canta. ¡Ya verás tú si te marchas ó no te marchas!) (Entra en la casa.)

BENAV. ¡Ja, ja!... ¡Qué pisto lleva!... Pero como yo me quede tres días más, el corazón de doña Carmen al rojo cereza... ¡y entonces, ya veremos!... (Canta.)

«En dos cosas se parece
el columpio á la mujer...»

(Se columpia fuerte.)

GREG. (Sale por detrás de la casa.) ¡Don Victorio! ¡Don Victorio! (Muy asustada.) ¡Ay, don Victorio de mis penas!

BENAV. ¿Qué te pasa?

GREG. ¡Animas benditas! ¡Si estoy que miste el anhelo!

BENAV. Bueno, ¿pero qué te sucede?

GREG. Pues que á la puerta del hotel, hay un señor que me ha dicho que le diga al papá del señorito Paco...

BENAV. ¿A mí?

GREG. Sí; que está ahí fuera el papá del señorito Paco, y que quiere hablar con usted.

BENAV. (Aterrado.) ¡María Santísima!... ¿Qué dices?...

GREG. ¿Oiga usted, no será un loco ese señor?

BENAV. ¡A la fuerza! .. Completamente loco. Figúrate, decir que es el papá de mi hijo... (No esperaba yo esta complicación.)

GREG. ¿Y qué le digo?

BENAV. Pues te diré... te diré... (¿Qué haría yo? ¡Dios mío! ¡Ah, sí!) Oye, Gregoria.

GREG. ¿Qué quié usted?

BENAV. Vete corriendo y dile reservadamente á la señora que venga á escape.

GREG. Voy. (Entra en la casa.)

BENAV. ¡El padre de Paquito! ¡Me decapita!... ¡Nada, yo me juego el todo por el todo!... Y en último caso... la verdad... les pido perdón... dos coscorrones... y al sotabanco. ¡No hay más remedio!

ESCENA X

DICHO, DOÑA CARMEN y GREGORIA por la casa

CAR. ¿Qué quería usted, don Victorio?

BENAV. Nada, señora, nada, lo que me esperaba. ¡Un conflicto horrible! ¡Lo temía, y ahí está! Usted lo pase bien.

CAR. (Deteniéndole.) ¡Pero por Dios! ¡Explíquese usted! ¿Qué sucede?

BENAV. Nada, doña Carmen, que el padre de Paquito está á la puerta del hotel. Usted lo pase bien.

CAR. ¡Jesús! ¿El padre de Paquito?

BENAV. Sí.

CAR. ¿El vil seductor de su mujer de usted?

BENAV. No... digo, sí... Bueno, pero no le vaya usted á decir lo de vil seductor, así de sopetón, porque es muy bruto.

CAR. ¿Que no se lo diga? ¡En cuanto le eche la vista encima!

BENAV. ¡No, no, no, doña Carmen, por Dios! (¡Esta señora me está buscando un mes de cama!)

Doña Carmen, de ninguna manera; ¿viene por su hijo?... ¡Que se lo lleve!... ¡Qué le voy á hacer!... ¡Al fin y al cabo es suyo!... Usted lo pase bien.

CAR. (Deteniéndole.) No... Usted es un santo. Usted no sale de esta casa...

BENAV. ¿Que no salgo?

CAR. (A Gregoria.) ¡Que venga ese hombre!

BENAV. No... aguarda.

CAR. Anda, que venga.

BENAV. No; si es que no quiero verle; piense usted que si ese hombre y yo nos viésemos frente á frente, ¡no sé qué sería de mí!... ¡Hágase usted cargo!... Estoy ciego y... (Coge la escopeta.)

CAR. ¡Por Dios, don Victorio! ¿Qué va usted á hacer?

BENAV. A esconder esta escopeta, porque ese tío es capaz de cualquier cosa...

CAR. ¡No me importa! Usted calma, tranquilidad y á casa... Que venga. (Mutis Gregoria, por detrás de la casa.)

BENAV. (¡No hay más remedio!) Bueno, pero lo de vil seductor no se lo diga usted hasta dentro de unos días, ¿eh?

CAR. Vil seductor, no; ¡ladrón de honras es lo que le llamaré!

BENAV. (¡Me la busca!) (Entra en la casa.)

ESCENA XI

DOÑA CARMEN y MOLINA

CAR. Ya viene. ¡Qué malas trazas!

BENAV. (Se asoma entre las persianas de la casa.) (Yo quiero oirlo todo.)

MOL. (Saliendo por detrás de la casa.) Con permiso. A los pies de usted, señora. (¡La suegra! ¡Qué contrariedad!)

CAR. (Lo mira con desprecio. Pausa.) Bueno... Beso á usted la mano. (Secamente. Vuelven á mirarse. Molina sonriente, doña Carmen con hosquedad.)

MOL. (No me llega la camisa al cuerpo.)

CAR. (¡Qué cara de cínico! ¿Por qué le gustaría á aquella pobre señora?) (Alto.) Usted dirá.

MOL. (Vacilante.) Señora... señora, no es usted la persona con quien yo he solicitado hablar.

CAR. Ni es usted tampoco la persona autorizada para hacer en esta casa ninguna clase de solicitaciones.

MOL. (¡Atiza qué carácter!) (Alto.) Es verdad; pero diré á usted, señora, que yo... como he venido por...

CAR. No tiene usted nada que decirme. Acaba usted de anunciarse como el padre de Paquito, ¿no es eso?

MOL. En efecto, sí señora.

CAR. Pues ese anuncio dice por sí solo cuanto yo deseaba saber para juzgarle á usted.

MOL. ¿Para juzgarme á mí?

CAR. Sí, señor.

MOL. No comprendo.

CAR. ¿Que no comprende?... Sí, caballero, sí. Sé que es usted el padre de Paquito; su *verdadero* padre. . Me consta.

MOL. (Menos mal, se lo ha creído.) Pues sí, señoñora... soy el padre de Paquito, y vengo expresamente desde... (Se mira el puño.) desde Valladolid, porque en esta casa hay un sinvergüenza que se llama padre de su yerno de usted y que no lo es.

CAR. Ese sinvergüenza es más padre de Paquito que usted.

MOL. ¿Más padre que yo?

CAR. Más que usted.

MOL. Señora, permítame usted que no lo comprenda.

CAR. Sí... Porque el hombre que se introdujo en un hogar honrado, destrozando la felicidad de dos almas y abandonando luego cobardemente el fruto de sus infames amores, no es su padre, no puede ser su padre.

MOL. Bueno; pero ese que se introdujo en un hogar honrado, etc..., ¿quién es?

CAR. ¡Disimula usted en vano! Ese miserable, ese ladrón de honras...

BENAV. (Al paño.) (¡Ya se lo ha soltado!)

CAR. Sí... ese ladrón de honras, es usted.

MOL. (Aterrado.) ¿Yo? (¡Caracoles!)

CAR. De manera que para mí no es usted su padre, aunque sea su padre. ¿Lo entiende usted?

MOL. No entiendo una palabra, señora.

CAR. Caballero, el esposo de aquella mujer que usted sedujo esta aquí.

MOL. ¿Que yo seduje?... (Caray, ¿será la Prudencia?)

CAR. Y como usted no tiene derecho legal á su hijo, daremos aviso á la Guardia civil y será usted conducido á la cárcel...

MOL. ¡Canario! ¡Yo á la cárcel!... (¡Pero en qué berengenal me ha metido ese chico!) Señora. por Dios, á la cárcel no, ¡eso si que no!

CAR. Es que lo sabemos todo.

MOL. ¿Todo?

CAR. Sí... porque al fin cantó la bruja.

MOL. ¿Quién cantó la bruja?

CAR. Y guárdese usted de que ese hombre le vea, porque peligra su existencia.

MOL. ¡Canario! Señora, usted lo pase bien. ¿Se sale por aquí á la vía pública?

CAR. (Es cobarde como todos los infames.) ¿De modo que renuncia usted á su hijo?

MOL. Y á toda mi familia. (Yo digo la verdad.) Mire usted, señora, con franqueza, son tan negras las necesidades... que yo... he venido porque me dijo Paquito que me presentara para echar de aquí á un hombre con el que nada le liga.

CAR. ¡Oh, qué ingratitud! ¡Con lo que ese mártir ha sufrido por él!

MOL. Sé que he hacho mal, pero la necesidad...

CAR. Pues si usted reconoce su infamia y se presenta aquí, usted es un hombre indigno.

MOL. Perdón, señora, pero ya he dicho que la...

CAR. ¡Un miserable!

BENAV. (Saliendo airado.) ¡Un infame! ¡Sí! ¡Un infame! (Adoptando una actitud trágica.)

CAR. (Corriendo á su encuentro.) ¡Por Dios, don Victorio!

MOL. (Muy asustado.) Caballero.

BENAV. (¡Es un echadizo! ¡Ahora es la mía!) Y escucha...

MOL. ¿Qué quiere usted?

BENAV. Escucha, vil seductor de aquella infeliz... ¡Por su triste memoria y por mi honra hecha girones! ¡Vas á morir! (Le apunta con la escopeta que ha sacado.)

MOL. ¡No, por Dios, caballero! ¡Socorro!... ¡Que está loco!

CAR. (A la puerta de la casa.) ¡¡Auxilio!! ¡¡Auxilio!!

BENAV. (Persiguiendo á Molina.) ¿Tú, tú el padre de mi hijo?... ¡Canalla! (Le apunta.) (O le dices que soy su verdadero padre ó mueres.)

MOL. ¡Socorro! ¡Socorro! (Queda aterrorizado en un rincón.) Yo se lo diré, yo se lo diré.

ESCENA XII

DICHOS, DOÑA DELI, DORA, CLO-CLO, CLA-CLA, GREGORIA, DOLORES, LUISA, TAPIA y el último PAQUITO

TODOS ¿Qué pasa? ¿qué sucede? ¿qué es?

BENAV. ¡Muere, miserable!

PAQ. (Corriendo hacia Molina.) ¡Papá, papá!

MOL. (Dando un grito horrible.) ¡No!... ¡No me llames papá que dispara! No quiero líos. ¡Lo saben todo!

PAQ. ¡Pero...!

MOL. ¡Paquito! ¡Tu padre, tu verdadero padre es ese señor! ¡Quédate con él! (Vase corriendo por el foro.)

PAQ. (Asombrado.) ¡Con él!

CAR. ¡Para toda le vida!

PAQ. ¡¡Para toda la vida!!

BENAV. (Apoyándose en la escopeta en actitud gallarda.) ¡Para toda la vida! ¡Sí!

PAQ. (Abrumado.) ¡Pero Dios mío!

TAPIA (A Benavides.) ¿Se va usted á retratar también?

BENAV. ¡Quite usted, hombre! (Vuelve á su actitud.) ¡Para toda la vida! ¡Sí! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Decoración. La misma del acto anterior. Farolitos de colores entre las ramas de los árboles y entre los hierros de la verja. Ha desaparecido el columpio, y en cambio se ven varios adornos que indican, se está celebrando nna fiesta.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen detrás de la verja, una porción de HOMBRES, MUJERES y CHICOS del pueblo, oyendo muy atentamente un gramófono que ejecuta, dentro de la casa, un disco de una marcha militar tocado por una banda. Los oyentes de la verja, mueven cuerpo y cabeza acompasadamente, siguiendo el aire de la alegre música. Algunos han abierto la puerta y entrado de puntillas acercándose á la casa. Termina de tocar el gramófono y se oyen aplausos dentro de la casa, los de fuera aplauden también

PAL. 1.º ¡Amos, miá que esto!... ¡es lo grande!...

MUJ. 1.ª (Desde fuera de la verja.) ¡A ver si salen y sus ven!

PAL. 1.º Callarse los de afuera.

MUJ. 1.ª Policarpa, coge á ese chico que te se va á esnucar el condenao.

MOZA 1.ª ¡Cuidiao que eso del gramófono es un invento de lo más...

MOZA 2. ¿Y ande tocan pa que sone?

PAL. 2.º Tocan por la eletricidá. Y un suponer, tocan en Madrid y lo sientes aquí. (Le da una palmada en una cadera.)

MOZA 2.ª Pos estate quieto porque como toques tú aquí lo vas á sentir en las narices. (Le da un empujón.)

PAL. 1.º Es la eletricidá. (Todos ríen.)

MOZA 1.ª ¡Callarse!

PAL. 1.º ¡¡Amos, que salen!!

MOZA 1.ª ¡Uy, Dios, correr! (Medio mutis corriendo por la verja.)

PAL. 2.º ¡Chist! ¡Quietos, que ponen otro. (Se detienen.)

MOZA 2.ª ¡*Guardarse* á ver!

MOZA 1.ª Es verdá. (Entran todos. El disco que suena es el del cuplé de la risa.) ¡Qué bonito! (Todos escuchan con gran atención, haciendo grandes esfuerzos para no reir. Poco á poco ríen contenidos, mirándose unos á otros, luego ríen con menos continencia, hasta que al fin vencidos ríen todos exageradamente.)

MUJ. 1.ª ¡Ay que no!... ¡ay que no... ay, que no *puo* más!... ¡yo me tronzo de risa!

TODOS ¡Ja, ja, ja!... (Sale Gregoria, por detrás de la casa y todos huyen, con gran algazara y risas que continúan oyéndose, hasta la terminación del disco. Queda un chico del pueblo en la puerta del jardín, por fuera de la verja.)

ESCENA II

GREGORIA y DOÑA CARMEN que sale de la casa

CAR. Gregoria... Gregoria.

GREG. ¡Señora!...

CAR. ¿Pero oye, no han venido todavía Paulino y los otros dependientes?

GREG. Toavía no señora. Alquilaron los dos burros del tío Cano, que ahí está el chico por ellos, se fueron á las cinco como usté sabe y esta es la bendita hora que no han parecío.

CAR. ¡Jesús! ¿Les habrá pasado algo? ¿Dónde fueron?

GREG. Les oí decir que tenían intención de merendar en *El pico del fraile.*

CAR. A ver si les sorprende la noche en los pinares y se pierden.

GREG. ¡Ya han *ío* otras veces!...

CAR. ¡Qué muchachos! ¡Yo á estos días de convidados les tiemblo!.. Si tardasen mucho, dile á tu chico que se asome á la carretera á ver. (Vase á la casa.)

GREG. Güeno, sí, señora. ¿Ande se habrán metido esos condenaos de hombres? (Se oye cantar dentro.)

PAUL. (Dentro.)

Costas las de Levante,
playas las de Lloret...

GREG. ¡Arrea! (Mira foro derecha.) Sí... ellos son, ya están aquí... ¡y vienen buenos al parecer!

ESCENA III

PAULINO, SANCHEZ, MUÑOZ, BRAVO, GREGORIA y un CHICO del pueblo. Paulino y Bravo vienen montados en borricos; los otros dos con las chaquetas al hombro. Todos traen varas

MUÑOZ ¡Sooooo!

SÁNCHEZ ¡Alto la *caravana!*

PAUL.

Dichosos los ojos,
que os vuelven á ver...

(No entona y repite.) A ver... no la enfilo... á ver... á ver...

MUÑOZ A ver si te caes tú.

BRAVO Señora Gregoria, desmónteme, hagame el favor.

GREG. ¿Pero qué le pasa á usté?

BRAVO ¡Que vengo crugido!... la albardita ésta, que es como venir montao en una arroba é nueces.

GREG. ¡Abajo!... (Le ayuda.)

BRAVO (Bajando.) ¡Ay que no puedo andar!

SÁNCHEZ Bájese usté, Paulino, que puede salir la señora.

PAUL ¿La señora?... Sale la señora ¿y qué hago de malo?... ¿eh?

SÁNCHEZ Pero bájese usté, hombre...

PAUL Va, hombre, va. ¡Oye, Bravo, ¿me tendré?... ¿Tú crees que me tendré?

BRAVO Se tendrá usted.

PAUL ¿Digo si me tendré que acostar?

GREG. ¡Es lo mejor!

SÁNCHEZ ¿Perc dónde lo acostamos?

PAUL. ¿Usté ronca, señá Gregoria?

GREG. Está perdido. (Vase por detrás de la casa.)

MUÑOZ Abajo... ande...

PAUL. (Lo bajan.) ¡Ay!... ¡Ay, qué vueltas, caray!

SÁNCHEZ (Al Chico.) Toma y llévate los burros. Ten las cuatro pesetas y esto para tí.

CHICO Gracias... (Vase con los burros.)

PAUL ¡Ay que me se va el hotel!... Que me se va el hotel... ¡Qué lástima, un hotel tan bonito! ¡Caray!... ¡Que no se me vaya!...

MUÑOZ ¡La señora, la señora!... por Dios, Paulino, disimula que sale la señora.

PAUL. ¡La señora!... Oye, arrimárseme, que tenga yo puntos de apoyos, de apoyo... Venir aquí dos puntos.

MUÑOZ Que no lo huela Paulino.

PAUL. Si canto tírame de la americana... ¿eh?

ESCENA IV

DICHOS y DOÑA CARMEN

CAR. (De la casa.) ¡Vosotros!... ¡ya era hora! Estaba intranquila. ¿Qué os ha pasado?...

SÁNCHEZ Pues nada, señora, que nos fuimos con... allí á la...

MUÑOZ Que nos fuimos al *Pico del fraile* con dos... con dos borricas.

CAR. ¿Y qué os ha sucedido?...

BRAVO Pues nada, que aquí, aquí éste... sabe usté, *merendemos* y claro... lo usual... comió, comió... be... be. .

MUÑOZ Se nos ha hecho un poco tarde; usté perdone, pero ha sido al regreso, éste quería coger una golondrina que rastreaba... y yo tambien quería cogerla... y lo que pasa...

CAR. ¿Y quién la ha cogido?

BRAVO El que la ha cogido es don Paulino.

PAUL. No, á mí no meterme, que fué por tu culpa. Tú, que te peleaeste con aquel guarda jurao, que no nos dejó pasar por la talanquera de

un monte. Este venía algo peleón, un poco peleón.

CAR. El peleón es el que traes tú en el cuerpo... pero no poco.

PAUL. ¿Yo?... ¿yo? (Llora.) ¡Véis como me lo ha conocido!...

CAR. Pero este Paulino... ¡Toda la casa llena de gente! ¡Qué poco juicio!

PAUL. Señora, yo... ¡Véis cómo me lo ha conocido! (Llora.)

CAR. Disimula por Dios, que salen.

PAUL. No tenga usté cuidao, señora. Más sereno que Napoleón en su *Guaterlóz*... Va usté á ver.

ESCENA V

DICHOS, DOÑA DELI, DORA, CLO-CLO, CLA-CLA, SOCORRITO, ISABEL, MARI-PEPA, LUISA, BENAVIDES, SEÑOR TAPIA y acompañamiento. Salen delante las dos que han de bailar el garrotín, huyendo. Todos las persiguen

DELI ¡Pero, por Dios, no huir, no ser así!

LUISA Vaya, no seais tontas.

BENAV. No hay escape, niñas. O bailais el garrotín ó me tenéis que dar un beso cada una. ¡A elegir!

UNA No, no; no se molesten ustedes, que no lo bailamos. ¡Yo al menos no lo sé! ¡De veras!

ISAB. No digas eso; si el otro día lo bailaste en el hotel de la de Orejuela.

UNA Bueno, pero no había nadie. ¡Un garrotín!... No, no.

DELI Pero hija, por Dios, si estos bailes populalares son ahora la gran... gran... gran moda.

OTRA Yo, si ésta quiere, lo bailaré por acompañarla.

CAR. Vaya, pues basta de luchas. A bailar, no seais niñas.

BENAV. Y Dorita que os acompañe al piano.

DORI ¡Yo un garrotín!... ¡quiere usted callar, por Dios!... Yo, no siendo Wagner, Listz, Bach, Grieg ó Gluk... nada.

PAUL. y OTROS — ¡Gluc! ¡Gluc!

BENAV. ¿Gluc?

DORI Gluk.

BENAV. Darle agua, que tiene hipo.

LUISA Paulino, Paulino puede acompañarlas.

CAR. Paulino, ¿quiere usted acompañar á estas señoritas?

PAUL. ¡Yo! ¿Acompañarlas? ¿Van muy lejos?

CAR. Si es que van á bailar un garrotín.

PAUL. ¡Ah! sí señora, un garrotín... ¡Ya lo creo!... Y nosotros lo cantaremos. ¿Dicen un garrotín? Yo tengo una letra hecha *az doc*, por un servidor, que la cantamos los cuatro á dúo.

TODOS Muy bien, muy bien. Eso es, eso es.

CLA-CLA Yo iré al piano.

BENAV. ¡Muy bien! Vosotros, aquí. Vosotras, prevenidas. El público, más atrás... Eso es... Ahí van los sombreritos para las bailadoras. ¿Estamos?

LOS 4 Sí, señor.

CLA-CLA (Desde dentro.) Por mí, cuando quieran.

BENAV. Pues, ¡á una!...

PAUL. ¿A cuál?... (Dirigiéndose á una de las muchachas. Bailan y cantan el garrotín.)

TODOS (Al terminar.) ¡Muy bien! ¡muy bien! ¡Saladísimas! ¡preciosas!

UNA ¡Por Dios! Gracias.

CAR. Has estado muy mona.

DELI Y usted, Paulinito, yo no lo sabía, pero si ejercitara la voz resultaría usted un gran, gran, gran tenor.

PAUL. Muchas gracias, señora; me es usted tan simpática, que si pudiera la compraba á usted un coche á la gran, gran, gran Doumont.

TAPIA (A Benavides.) Pero, diga usted, don Victorio, ¿cuándo ponen el gramófono?

BENAV. ¿Cómo el gramófono?... pero hombre, si lo han puesto hace media hora; y lo menos catorce discos!

TAPIA ¿Pero es posible?

BENAV. Lo que usted oye, es decir, lo que usted no oye.

TAPIA ¡Claro! ¡por eso me chocaba á mí! Yo decía: ¿qué harán tan quietos?

CLO-CLO Sí, sí; cuando acabemos de cenar volveremos; pero tenéis que quedaros al tren de las once.

SOC. ¡Por mí, figúrate!

ISAB. (A Paulino.) Muy bien, muy bien, Paulino. (Le da la mano.)

PAUL. Muchas gracias.

TAPIA ¿Usted qué ha hecho que no lo he visto?

PAUL. Cantar... Yo canto.

TAPIA ¿Tiene usted voz?

PAUL. Regular, poco volumen, pero antes la emitía bien.

TAPIA ¿Qué?

PAUL. La voz... que la emitía.

TAPIA La de su tía. ¿Es tiple?

PAUL. Usted se alivie. (Entre el mareo que tengo y hablar á voces, estoy imposible.)

DELI Pues nada, hasta luego; en cuanto cenemos volveremos á los fuegos artificiales.

BENAV. Y que ya lo tengo todo preparado.

CLO-CLO Pues adiós, hasta ahora.

CAR. Adiós, hijas.

LUISA No tardar.

(Vanse Tapia, doña Deli, Clo-Clo, Cla-Cla é Isabel por la verja.)

CAR. Voy á ver cómo anda la cena.

BENAV. Y nosotros vamos á preparar los fuegos. Venid y me ayudaréis.

LOS DEP. Vamos.

SOC Y vamos nosotras también.

(Vanse doña Carmen, Socorrito y demás niñas á la casa. Benavides y Dependientes por detrás de la casa.)

ESCENA VI

LUISA y PAQUITO, que sale por la derecha

PAQ. ¿Se han ido ya?

LUISA Se han ido.

PAQ. Ya era hora.

LUISA ¡Pero Paquito, por Dios! ¿Qué tienes, qué te-

sucede, á qué viene ese mal humor y ese retraimiento que todo el mundo nota?

PAQ ¡Como que no trato de disimularlo!

LUISA Bueno, ¿pero por qué?

PAQ Nada, Luisa, nada; hasta que no me diga tu madre por qué ese hombre, que ha pasado hasta ayer por mi padre, es un ser admirable y heróico, no me vuelves á ver risueño aunque viva cien años. (Pensando.) ¿Por qué es admirable?... ¿Por qué es heróico ese trasto?

LUISA Si yo no lo sé; si yo he sostenido con mamá una verdadera lucha.

PAQ. ¿Y qué te dice?

LUISA Siempre lo mismo. Que ese hombre no es tu padre, pero que debe ser para nosotros más respetable que tu propio padre. Y que vivirá aqui toda su vida.

PAQ Bueno, no me repitas eso último, que se me ponen los nervios de punta. ¡Toda su vida! ¿Pero por qué? (Muy enfadado.) ¿por qué, pregunto yo?

LUISA ¡Por Dios, Paco mío, no te desesperes! Yo le he suplicado á mamá en todos los tonos que me lo diga.

PAQ ¿Y que te ha contestado?

LUISA Que es un secreto que se llevará á la tumba.

PAQ. ¡A la tumba! pero que habrá dicho ese ladrón para poner en evidencia hasta el cementerio. Bueno, tu madre se lleva el secreto, pero ese hombre se lleva una de puñetazos que vereis.

LUISA Despues de todo como es una persona tan buena, debíamos transigir...

PAQ. (Furioso.) ¡No me digas eso! ¡Calla!... ¡Calla... ó yo!...

LUISA (Asustada.) ¡Paquito, pero Paquito no te enfades que!...

PAQ. ¡Maldito sea el demonio! Es espantoso. (Vase á la casa.)

LUISA (Llorando.) Pero Paquito, por Dios, considera que yo no tengo la culpa, que yo...

BENAV. (Sale izquierda.) Luisita, hija...

LUISA Déjeme usted en paz. (Vase por la casa.)

ESCENA VII

BENAVIDES

Bueno, me van perdiendo el respeto de una manera alarmante. Y Paquito no olvida lo de ayer y yo creo que me está preparando otro padre postizo... Pero ahora me coge prevenido. ¡Padrecitos á mí!... Sí, sí... El primero que se me presente lo escarmiento... aviso á la Guardia civil, ó le doy un susto de parecido calibre.

ESCENA VIII

DICHO y DOÑA CARMEN por la puerta hotel. Mirando á todos lados

CAR. (Dulcemente.) ¡Victorio!
BENAV. ¡Carmen!
CAR. ¿Solo?
BENAV. ¿Sola?
CAR. ¿No viene usted á cenar?
BENAV. No tengo apetito, Carmen.
CAR. ¿Está usted enfermo?
BENAV. Preocupado.
CAR. Ya lo había conocido.
BENAV. ¿Por qué?
CAR. Desde que estamos juntos, es el primer día que ha olvidado usted mi ramo de flores.
BENAV. Eso creerá usted, Carmen.
CAR. ¡Y eso he visto! ¡Era un obsequio tan delicado!... Era algo así como un saludo matinal, alegre y fragante, que me hablaba de un afecto noble y generoso... ¡por eso he notado tanto su falta!
BENAV. Carmen... No he olvidado las flores... He cambiado de flores. Las de todos los días las he recogido para usted, de los floridos macizos, húmedas aún por el rocío de la mañana. Las de hoy son versos... me da vergüenza decirlo... ¡Versos!... No los había vuelto á

hacer desde los veinte años. Un soneto despidiéndome de usted.

CAR. ¿Versos?... ¡Una despedida! ¿pero por qué?

BENAV. ¡No puedo... no puedo!,.. Son muchos desaires. Es mucha ingratitud...

CAR. ¡Pero Victorio, mi afecto no vale siquiera un pequeño sacrificio!...

BENAV. Tú... digo... perdón. ¡Su afecto de usted vale, no un sacrificio, un martirio! Y ese he pasado yo, Carmen, pero no puedo más, flagelan mis carnes, los desprecios y las burlas... y no, no puede ser... me voy ¡me voy!... á menos que...

CAR. ¿Qué?

BENAV. A menos que... Adivine usted, Carmen, lo que una delicadeza muy rudimentaria no me permite decir...

CAR. Victorio... ¡Sí!... ¡yo lo espero, paciencia!... Vamos á ser felices... ¡Paciencia!

BENAV. ¡Ah! ¡Carmen! ¿Que vamos á ser felices?... ¡Sí... sí, lo seremos! ¡Vamos á ser dichosos! ¡Vamos á ser venturosísimos!... Vamos á... Vamos á cenar...

CAR. ¿Para qué quiero comer ya? (Mutis por la casa.)

ESCENA IX

DON VICTORIO y JUAN por la puerta de la verja

VIC. ¿Han dicho aquí?

JUAN Aquí nos dijeron, señor. «Villa Carmen.»

VIC. (Entran.) ¡Y están de fiesta por lo visto!

JUAN Yo, créame á mí, señor, me parece que debíamos esperar á mañana, y no amargarles el día, si según parece..

VIC. Ni un momento más, Juan; no espero ni un momento más. Lo he creído todo de mi hijo, todo... menos una calaverada de este jaez. Y, *velay* lo que menos esperaba es lo que me hace. ¡Casarse sin mi permiso! ¡Y hace dos meses! ¡Ese chico!...

JUAN Y menos mal, señor, que según los informes, ha caído en buenas manos.

VIC. Eso hay que confesarlo. Las referencias de esta familia son inmejorables. Pero ese chico, ese mala cabeza...

JUAN Nada, al remate, cuatro palabras gordas y ¿qué hacer si no perdonarlo, señor? Todos hemos sido jóvenes y locos... y... *Velay* usted... ¡Na!

VIC. Sí, Juan, sí. Todo lo que quieras, pero ha de oirme, te juro que ha de oirme.

JUAN ¡Qué gana tengo de ver á mi Paquito! ¡Hijo de mi alma!

VIC. Calla, una mujer. Vete tú, que quiero anunciarme como te dije. Aguárdame en el fonducho aquel.

JUAN Allá voy, pero no tardo, que le quiero abrazar. (Mutis por el foro izquierda.)

ESCENA X

DON VICTORIO, GREGORIA. Sale por detrás de la casa y se dirige al gallinero

GREG. ¿A quién busca usted, caballero?

VIC. Buenas tardes. ¿Vive aquí don Francisco Sierra, me hace usted el favor?

GREG. Sí, señor, aquí vive.

VIC. Pues tenga usted la bondad de decirle que salga un momento, que hay aquí un señor de Valladolid que desea verlo.

GREG. ¿De Valladolid? Voy enseguía. (Aparte.) Güeno, yo no le aviso al señorito, yo se lo digo á don Victorio que me tié encargao que á cualesquiera que venga diciendo que es de Valladolid que se lo avise. (Alto.) Voy en seguía... de Valladolid, ¿de Valladolid, dice usted? Güeno, güeno .. (Entra en la casa.)

VIC. ¡Va á tener una sorpresa! ¡El casado!... Y si con esto al menos se formalizara; pero lo dudo. De todos modos mi severidad...

ESCENA XI

DICHO. BENAVIDES y GREGORIA por la casa

BENAV. (A Gregoria, bajando la escalinata.) Dices que un señor de Vallado...

GREG. Ese señor. (Se retira por detrás de la casa.)

VIC. Servidor de usted, caballero.

BENAV. ¡Señor mío!... (Aparte.) ¡De mejor tipo, pero otro padre postizo! Este se la carga. (Alto.) Usted dirá en qué podemos servirle.

VIC. Caballero, por quien yo preguntaba era por don Francisco Sierra, á quien deseo ver.

BENAV. Paquito está ahora cenando; puede usted decirme á mí lo que guste, como si fuera á él mismo.

VIC. Es usted pariente ó amigo muy íntimo de esta familia, por lo que veo.

BENAV. En efecto, me une á Paquito un parentesco muy estrecho, pero muy estrecho.

VIC. ¿A Paquito? (Será parentesco político) (Alto.) Pues me alegro mucho y casi prefiero que haya usted salido; tal vez el primer choque, la primera impresión, yo no hubiera podido contenerme y... ¡porque ese muchacho!... ¡lo que me ha hecho! ¡oh!

BENAV. (Va á decirme que es su padre.) ¿Usted es amigo de Paquito, acaso?

VIC. ¡Soy más, mucho más que eso! Hágase usted cargo de mi indignación, caballero. Soy... ¡Soy su padre!

BENAV. (Con guasa.) ¡Je, je!

VIC. ¿Qué le pasa á usted?

BENAV. ¿Conque su padre?

VIC. Su padre.

BENAV. ¡Je, je! ¿Y qué le dan á usted?

VIC. ¿Cómo que qué me dan?

BENAV. ¡Sí! ¿Que qué le dan á usted por venir con ese encarguito?

VIC. ¿Cómo encarguito? ¡No comprendo!

BENAV. Sí; porque esto no lo hace usted gratis.

VIC. ¿Cómo gratis? (¡Será un loco!) Caballero, pero...

BENAV. Nada de caballero; vamos claro, señor mío. Usted no es el padre de Paquito.

VIC. ¿Cómo que no?

BENAV. Lo que es usted el sujeto más fresco que taconea en este planeta. Así, categóricamente.

VIC. (Indignado.) ¡Caballero!

BENAV. Se necesita frescura para decirme á mí, ¡á mí! óigalo usted bien: ¡á mí! que es usted el padre de Paquito. (Lo echo.)

VIC. ¡A usted! ¿Pues quién es usted?

BENAV. ¿Que quién soy yo? Nadie. Soy el padre de Paquito. ¡Nada más! ¡Conque usted verá!

VIC. ¿El padre político?

BENAV. ¡Qué político! ¡El padre real y efectivo!

VIC. ¡Caballero! ¿Pero, qué dice usted? (Decididamente, este hombre está loco.) ¿Usted el padre de Paquito?

BENAV. Sí, señor. No haga usted aspavientos. ¡Yo el padre de Paquito!

VIC. ¿Pero qué es esto?

BENAV. Pues esto es que á usted le habrá ido ese granuja con el cuento de que no soy su padre, que es lo que anda diciendo á todo el mundo, y que usted por una módica cantidad se presenta en esta casa á ejecutar la divertida pantomima de *El padre valladolisoletano*. ¡Vaya, hombre, vaya!

VIC. Caballero, usted es un miserable que está explotando una situación equívoca. El padre de Paquito, el único, el verdadero, soy yo...

BENAV. ¡Je, je!

VIC. ¡A que le ahogo!

BENAV. ¿Y era también el padre de Paquito otro que vino ayer con una pinta parecida á la de usted, diciendo que era su padre?

VIC. ¿Pero vino otro padre?

BENAV. ¡Otro padre, sí señor!

VIC. ¿Pero qué es esto?

BENAV. Pues una comunidad, porque ya van tres padres.

VIC. (Aparte.) ¿Pero en qué farsa indigna se ha metido este pobre hijo? (Alto.) Ea, caballero, basta de ruindades y embrollos.. Haga us-

ted el favor de decir á mi hijo que salga, que está aquí su padre.

BENAV. ¿Su padre?

VIC. Sí, su padre. ¡Su verdadero padre! ¿Lo oye usted?

BENAV. Caballero, yo...

ESCENA XII

DICHOS y DOÑA CARMEN. Sale de la casa

CAR. Calma, don Victorio, he oído lo bastante para comprenderlo todo.

VIC. Señora...

CAR. Usted, caballero, será el padre de Paquito, su verdadero padre, pero el hombre que se introduce cobardemente en un hogar honrado, destroza la felicidad de dos almas y abandona luego el fruto de esos infames amores, no es su padre, no puede ser nunca su padre.

VIC. ¿Pero qué dice esta señora?

BENAV. ¡Cada verdad como un puño! Pero, doña Carmen, no se moleste usted, éste caballero no es tampoco el vil seductor...

VIC. ¿El vil seductor de quién?

CAR. El vil seductor de la señora de este caballero.

VIC. ¿Yo? (¡Me habré metido en un manicomio!) ¡Bueno, mi hijo, que salga mi hijo!...

CAR. ¿Y por qué le abandonó usted?

VIC. ¿Pero á quién, señora? ¡Porque yo me vuelvo loco!

BENAV. No haga usted caso, si es postizo, ¡otro padre postizo!

CAR. ¿Otro padre?

BENAV. ¡Otro!

ESCENA XIII

DICHOS, luego JUAN, PAQUITO y LUISA

JUAN (Voces dentro.) ¡Paquito! ¡Hijo ¡Hijo mío! ¡Hijo de mi alma!

BENAV. ¡Otro!...

CAR. ¿Qué es?

JUAN (Dentro.) ¡Hijo de mi alma!

BENAV. ¡Otro padre! Otro padre que acaba de salir ahora.

CAR. ¡Será posible! ¿Otro padre?

(Salen Paquito, Luisa y Juan.)

PAQ. ¡Papá, papá!

VIC. ¡Hijo!... (Le abraza.) ¡Pero hijo! ¿Estás satisfecho de tu conducta? ¿Te parece bien?...

PAQ. Papá... ¡La quería tanto!... ¡Perdóname, es mi última calaverada! ¡Te lo juro!

VIC. ¡Pobre hija!... (Abraza á Luisa.) No la mereces... En fin, de todo hablaremos.

BENAV. (¡Porra! Este es el padre de veras.)

VIC. Pero escucha, Paco, ¿quién es este señor? Explícame...

PAQ. Un desgraciado que...

CAR. Un desgraciado, sí, pero no por eso menos digno de admiración y respeto. Porque el hombre que seduce villanamente á una mujer y abandona luego...

BENAV. (Aparte.) Señora, no vuelva uested á colocar la novela, que me arruina.

CAR. ¿Qué novela?

PAQ. Nada, que este señor es un pobre hombre, mamá, si se lo estoy á usted diciendo... Un pobre hombre...

BENAV. Por muchos años...

PAQ. De quien me tuve que valer para... (Avergonzado.)

VIC. Ya comprendo... ¡Pero hijo!

BENAV. Caballero, ¿usted es el padre de éste definitivamente?

VIC. Puede usted jurarlo.

BENAV. Pues oidme un momento.

CAR. ¡Pero don Victorio!..

BENAV. Señora, no me llame usted Victorio, que me lo emborrona. César Benavides es mi gracia.

CAR. Entonces no es usted el hombre casado con...

BENAV. ¡Soltero, afortunadamente!

CAR. ¿De modo que lo de la tempestad y la bruja?...

BENAV. ¡Zarzuelas!... Les ruego que me oigan. Señores... un día ví en peligro la felicidad de dos almas juveniles que se adoraban; se me habló de la intransigencia de un padre, modelo de hombres honrados, pero algo tozudo. Si yo hubiese sido un sujeto escrupuloso, un moralista severo, una persona seria, hubiera dicho: ¿la felicidad de dos almas?... ¿A mí qué? Pero como yo era un pobre náufrago batido constantemente por el oleaje de la vida, un hombre fresco, un si es no es despreocupado, y que además quería á Paquito, con quien he vivido una larga temporada, como á mi propio hijo, si lo hubiera tenido, no dudé en prestarme, con todas sus consecuencias á una suplantación que merece, por parte de usted, mi señor don Victorio, dos puntapiés, para los cuales pongo á su disposición la parte adecuada de mi individuo; por parte de doña Carmen, el desprecio más profundo; con el que, y esto lo digo sinceramente, no podré resignarme. Y por parte de vosotros un poquito de gratitud, porque me debeis por lo menos dos meses más de felicidad en vuestra vida.

LUISA ¡Yo le perdono á usted con toda el alma!

BENAV. Pues con vuestro perdón, si no me despreciais en absoluto, vuelvo relativamente contento á la pelea de la vida, que es la que verdaderamente me castiga, porque me acerca á todas las felicidades y no me deja gozar de ninguna... ¡Terminó la farsa!... ¡Adiós!... ¡Voy por mi equipaje! (Se va por la casa.)

CAR. (Muy acongojada.) De manera que este señor...

PAQ. Es mi único, mi definitivo, mi verdadero papá.

VIC. Señora...

CAR. (Volviéndose á mirar á Benavides.) ¡¡Qué lástima!! (Telón.)

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE CARLOS ARNICHES

Casa editorial.
La verdad desnuda.
Las manías.
Ortografía.
El fuego de San Telmo.
Panorama nacional.
Sociedad secreta.
Las guardillas.
Candidato independiente
La leyenda del monje.
Calderón.
Nuestra Señora.
Victoria.
Los aparecidos.
Los secuestradores.
Las campanadas
Vía libre.
Los descamisados.
El brazo derecho.
El reclamo.
Los Mostenses.
Los Puritanos.
El pie izquierdo.
Las amapolas.
Tabardillo.
El cabo primero.
El otro mundo.
El príncipe heredero.
El coche correo.
Las malas lenguas.
La banda de trompetas.
Los bandidos.
Los conejos.
Los camarones.
La guardia amarilla.
El santo de la Isidra.
La fiesta de San Antón
Instantáneas.
El último chulo.
La Cara de Dios.
El escalo.
María de los Ángeles.
Sandías y melones.
El tío de Alcalá.
Doloretes.
Los niños llorones.
La muerte de Agripina.
La divisa.
Gazpacho andaluz.
San Juan de Luz.
El puñao de rosas.
Los granujas.
La canción del náufrago
El terrible Pérez.
Colorín colorao...
Los chicos de la escuela
Los pícaros celos.
El pobre Valbuena.
Las estrellas.
Los guapos.
El perro chico.
La reja de la Dolores.
El iluso Cañizares.
El maldito dinero.
El pollo Tejada.
La pena negra.
El distinguido Sportsman
La noche de Reyes.
La edad de hierro.
La gente seria.
La suerte loca.
Alma de Dios.
La carne flaca.
El hurón.
Felipe segundo.
La alegría del Batallón.
El método Gorritz.
Mi papá.

OBRAS DE E. GARCÍA ALVAREZ

Apuntes al lápiz.
Al toque de ánimas.
La trompa de caza. (2.ª edic.)
Salomón.
La candelada.
El señor Pérez.
El niño de Jerez.
Figuras del natural (*revista*).
El gran Visir.
La casa de las comadres.
Los diablos rojos.
¡Todo está muy malo! (2.ª edic.)
Las escopetas.
La zíngara.
La marcha de Cádiz (10 ª edic.)
Sombras chinescas.
Los cocineros (4.ª edición.)
El arco iris.
Los rancheros (3.ª edición.)
Historia natural.
El fin de Rocambole.
Las figuras de cera.
Churro Bragas (*parodia*).
Alta mar (3.ª edición.)
Concurso universal.
Los Presupuestos de Ex-Villa-pierde (6.ª edición.)
La alegría de la Huerta (9.ª ed.)
El Missisipí (2.ª edición.)
La luna de miel (2.ª edición.)
Las venecianas.
Los gitanos.
La torta de Reyes.
Los niños llorones (3.ª edición.)
La boda.
La muerte de Agripina.
La cuarta del primero.
El terrible Pérez (3.ª edición.)
El famoso Colirón.
El pícaro mundo.
La primera verbena
¡Pobre España!
Congreso feminista.
El palco del Real.
El pobre Valbuena (5.ª edic.)
El perro chico (3.ª edición.)
La reja de la Dolores. (2.ª edic.
El iluso Cañizares. (2.ª edición.)
El ratón. (2.ª edición.)
El pollo Tejada. (3.ª edición.)
El noble amigo. (2.ª edición.)
El distinguido Sportsman.
La edad de hierro.
La gente seria.
La suerte loca.
Alma de Dios. (3.ª edición.)
El hurón.
Felipe segundo.
La comisaría. (Reformada.)
El método Górritz. (2.ª ediáción.)
Mi papá.

Precio: DOS pesetas